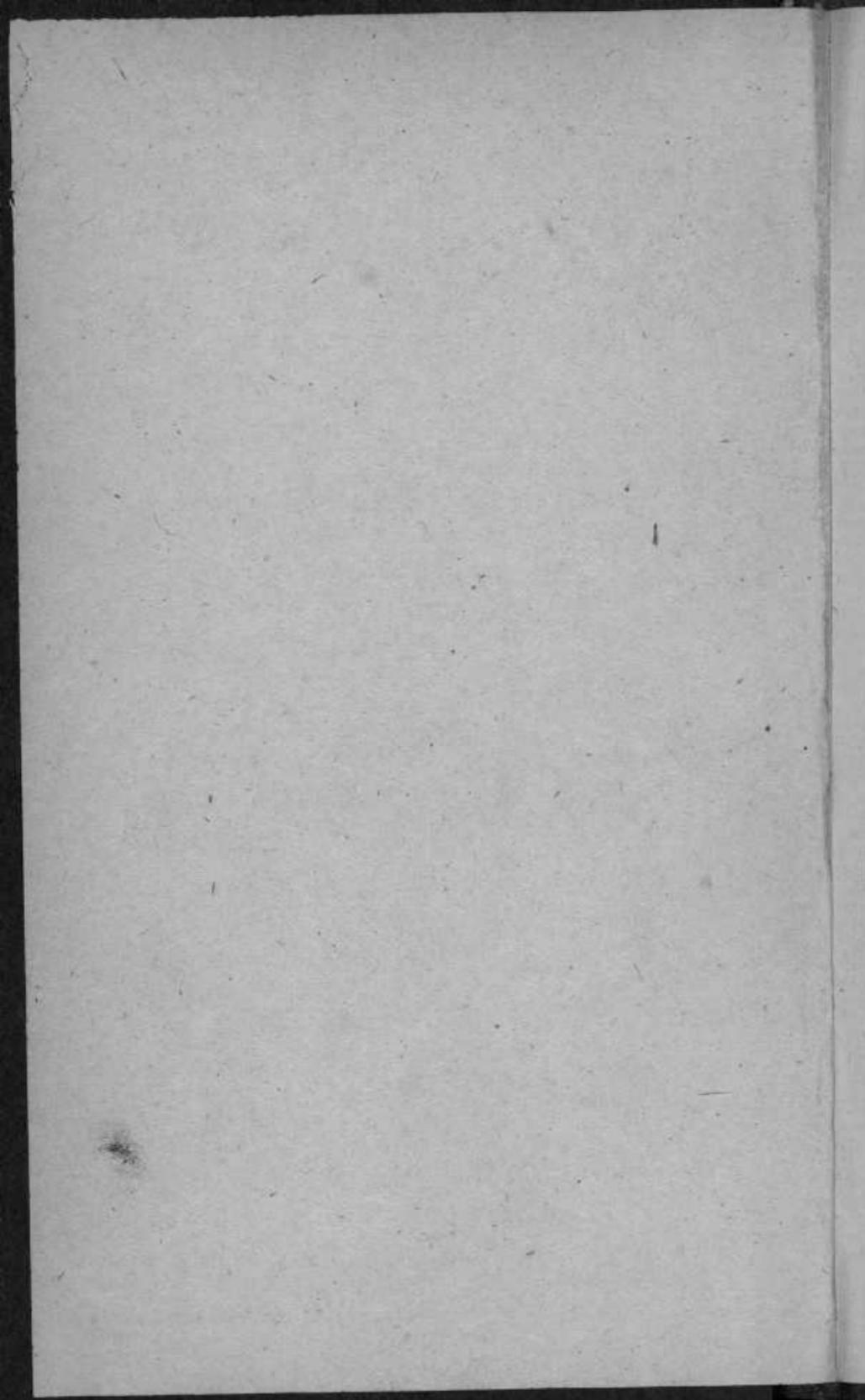


GO



~~11010~~

257543



11  
69

# HISTORIA DE UN MORO MANCHEGO

ESCRITA POR ISAAC ANTONINO «AVICEO»

PARA ENTRETENIMIENTO

DE LAS BUENAS Y SENCILLAS

GENTES DE LA LLANURA

B.P. BURGOS

N.R. \_\_\_\_\_

N.T. 100766

C.B. \_\_\_\_\_

25754

1007

1914



# OBRAS DEL AUTOR

---

EL SACRIFICIO ❖ ❖ ❖ ❖ (NOVELA)

JUEGO DE NIÑOS ❖ ❖ ❖ ❖ (DIÁLOGO)

SIN APELLIDO ❖ ❖ ❖ ❖ (MONÓLOGO)

HISTORIA DE UN MORO MANCHEGO

EN PRENSA

DEL SOLAR HIDALGO



HISTORIA DE UN MORO MANCHEGO

ES PROPIEDAD:  
QUEDA HECHO  
EL DEPÓSITO  
QUE MARCA  
❖❖❖ LA LEY. ❖❖❖

## JORNADA PRIMERA

*Donde se viene en conocimiento de nuestro encuentro con el hijo del principal protagonista de tan interesante Historia.*

Llegamos á Malagón en una de estas mañanitas grises, de nieblas norteañas que tejan acojijas al través de la enramada de los árboles.

Se nos acerca un mozo rechoncho, de rasurada barba y cejas pobladas, con los pelos en punta, formando puente por sobre la nariz repingona... «¿Quiere fondo, señó?» nos pregunta. Le hemos dicho que no, con un ligero, perezoso movimiento de cabeza.

Subimos el cuello de nuestro gabán, hundimos los puños en sus anchos bolsillos confortadores; atravesamos por entre media docena de personas cuyos ojos humedecidos por la niebla curiosen fijos en nosotros, como tratando de leer en nuestro porte, en nuestra manera de andar,

quien sabe si en la indumentaria quiénes somos y á qué venimos.

Al otro lado de la estación, en derecha al pueblo, como ejército que guardara la espaciosa avenida ciudadana, álzanse unas hileras de álamos.

A derecha é izquierda campos fértiles, exuberantes... Por algo llaman á este pueblo el Aranjuez de la Mancha. Alamedas á uno y otro lado; huertas con abundancia de ricos frutales y bancales espléndidos un poco más lejos. Subiendo un repaño el pueblo que se extiende, como partido en dos, rematando uno de sus extremos modernos panificadores, en tanto que el otro tiene por término la fábrica de anisados famosos de Balmaseda.

Arriba, no muy lejos, la sierra brava, en cuyas entrañas se escondió la lluvia abundante y rica que ha de fertilizar estos campos y estos huertos, multiplicando la savia de las raíces y de los troncos, sazonando las sabrosas frutas...

Dudamos unos instantes, al pisar el empedrado de la primera calle del pueblo. El sonido seco de nuestros pasos parece como que nos quiere decir: «En este lugar hidalgo sois extraños; vuestras plantas vienen á hollar tierras de paz; vuestras intenciones van á penetrar en la conciencia de gentes que no han maliciado una respuesta... Volver pues atrás, y decirle á ese público ávido de historias emocionantes, que otro día será»...

¿Volver atrás? No nos perdonaríamos nunca esta cobardía profesional. Aquí, en una de estas calles, no sabemos en cual ni como se llama, en una de las casucas achetadas de estas calles, ignoramos su número, si lo tiene, acaso vivan los descendientes de un moro español que se llama Raimundo Berges. La historia de ese moro, la historia de los descendientes de ese moro nos pertenece. Mejor dicho: queremos que nos pertenezca; hemos prometido averiguarla á nuestro público, para revelársela luego, y aquí estamos.

Unos pasos más, y alcanzaremos aquel corro de comadres, que charlan en la esquina, allí arriba. ¡Eh! señoras de la murmuración, tened vuestra lengua y orientadnos. ¡No sabéis qué señaladísima misión os viene á deparar el destino! Merced á vosotras cruzaremos esta calle, revolveremos aquesta otra, iremos á parar á la de más allá, hasta ocultarnos en el recoveco de la derecha, para luego reaparecer en la hondonada de esotro lado, donde los aleros de viejas y desmoronadas tejas chapotean lacrimieantes, sirviendo de ojos llorones á la niebla.

Preguntamos ceremoniosos y corteses, suavizando la voz, procurando que el ademán sea un halago, si vive y dónde vive un tal Angel Berges, que en tierras de Africa, defendiendo el honor nacional tiene un bravo hijo soldado.

Escuchan las buenas comadres boquiabiertas; nos miran y remiran de arriba á abajo, con

maliciosa insistencia; hablan al fin todas juntas, para decirnos que no saben una palabra. Y otra vez tenemos que reenudar nuestra marcha incierta, hasta encontrarnos de manos á boca en la tienda de un hidalgo amigo. Nos alienta, celebra nuestro empeño, pone á nuestra disposición un experto guía...

Anda que te anda, charlando con este simpático *cicerone*, hasta la calle Real. Junto á la casa número 13, barriando el empedrado, se encontraba un viejo campesino.

«Ese es Angel Berges», nos dice el guía. «Nuestro hombre» se endereza, sacude una mano sobre otra, con un ligero frote y trata de esbozar un umbral adentro. Tras de él vamos nosotros derechos al patio, gritándole unas frases de apercibimiento y saludo. Éstrechamos su mano callosa, le sonreímos confiadamente.

Angel Berges es de la raza del buen Sancho Panza, y como él su tipo, su socarronería y su malicia; con exceso suplen estas últimas á su falta de inteligencia, roma como la de Sancho Panza también... Sorprendido por nosotros, fijos sus ojos en los nuestros, aguarda á saber qué queremos, quizás para acomodar á su conveniencia la respuesta.

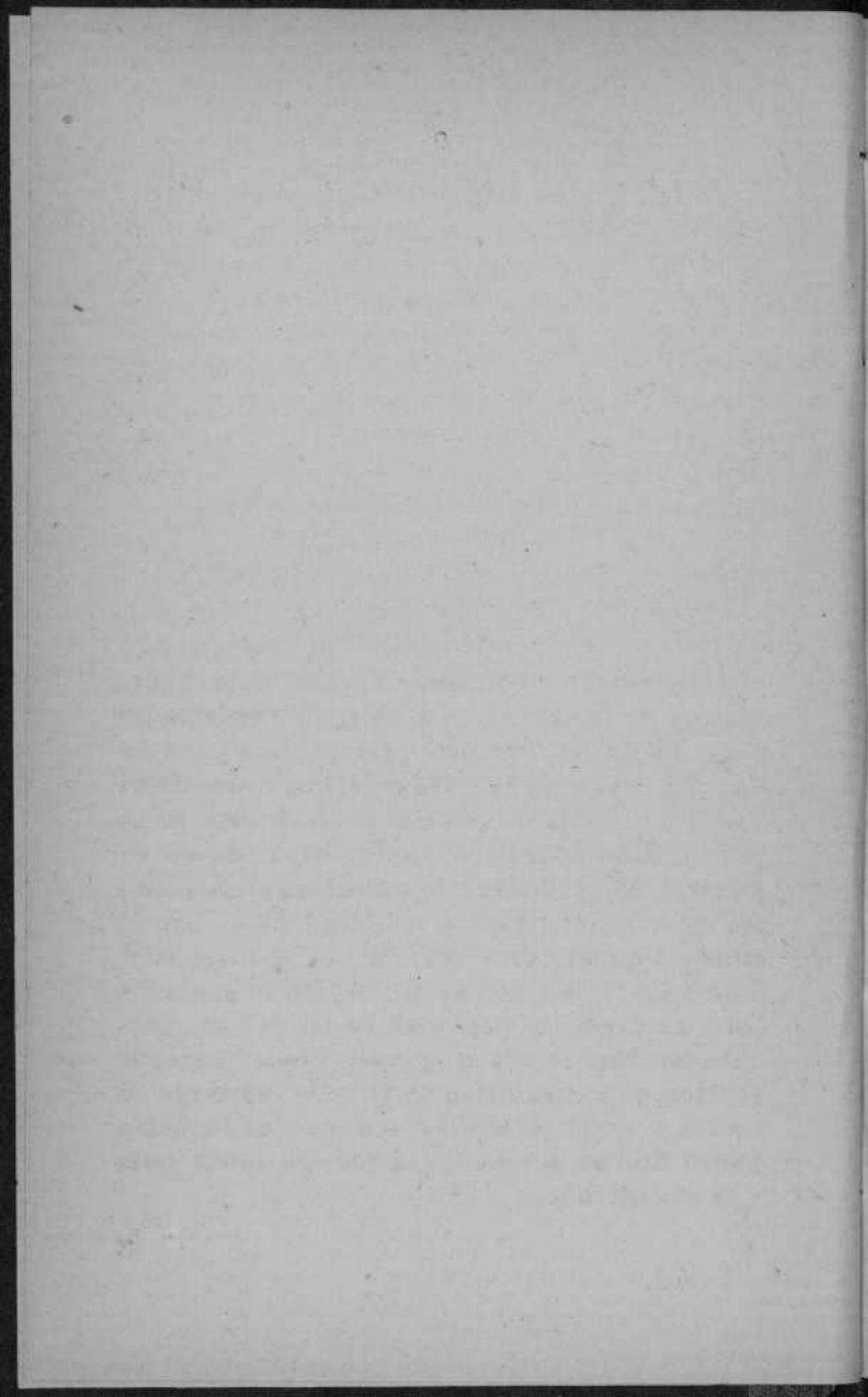
Vamos á ganar su voluntad en unos instantes.

—Mire amigo Angel, nosotros no le queremos mal; antes al contrario, venimos para ser sus amigos. Fijese en lo que vamos á enseñarle: ¿Conoce estos que están aquí, en este retrato?

Angel Berges se estremeció todo él de adentro á afuera, tuvo sellados los labios, y abiertos desmesuradamente los ojos y arrugada la frente un buen rato. Al cabo balbuceó, todo embargado por la emoción: «Sí los conozco: este cabo de cazadores es mi hijo. Este viejo moro de barba cana es mi padre. El otro no se quien pueda ser, pero tal vez sea mi hermano...» Y rompió á llorar como un niño, anegándose en lágrimas, nobles lágrimas filiales que brotando del corazón se cristalizaban en los ojos é iban á surcar el rostro por el sol curtido y ennoblecido por el trabajo honrado y regenerador.

Serenado un poco, Angel Berges nos ofreció lumbre y asiento. Aceptamos éste en la renegrida cocina, y comenzó la interesante historia de un moro español.

—Hará como unos sesenta años...



## JORNADA SEGUNDA

*En la que se da comienzo á tan interesante historia y se vé cómo unas polainas envían á un hombre á presidio.*

—Hará como unos sesenta años—dice Angel Berges—, vino mi padre á Malagón; procedía de Paralejo de las Truchas, partido de Molina de Aragón, provincia de Guadalajara, su tierra natal. Buscó en Malagón trabajo y como este es un pueblo trabajador halló pronto acomodo en algunos molinos aceiteros, ajustándose como maestro de molino. Después de este oficio hizo de albañil algunas veces. En Fernancaballero también trabajó. A todo esto él dábase buena traza para ganarse las simpatías de las gentes. ¡Cantaba tan bien la jota aragonesa! Bueno; andando el tiempo se enamoró de la que luego fué mi madre y como á ella se conoce que le había hecho tilín en el corazón la voz del mozo, pues que se casaron.

Del matrimonio de mis padres nacimos dos hermanos; una hembra y un varón, que soy yo. Tendría [unos once años cuando ocurrió el suceso que voy á contarles, y que á los pocos días me privó del cariño de mi pobretico padre].

Angel Berges se enjuga con el enorme pañuelo de hierbas, unas lágrimas.

—Un día, hallándose mi padre en cama, enfermo, llegaron á mi casa un su amigo llamado Claro Huertas—de ingrata memoria—, y otros dos que creo eran de Madrid. Se encerraron con mi padre un buen rato, y como si se tratara de una confesión, así hablaban con él: tan en silencio, que apenas daban señal de vida. Yo miré varias veces por el ojo de la cerradura y me dieron miedo. Alumbraba el cuarto de mi padre un candel de picos, de luz amarillenta, casi rógónica; el viento al penetrar por el encerado de la ventana que da al patio, agitaba la luz, y las sombras de los tres hombres, puestos en pie al borde mismo de la cama de mi padre, iban á proyectarse en la pared frontera á la puerta, como si fuesen fantasmas, retorciéndose unas veces, engarabitándose otras, encaramándose á lo mejor hasta tocer el techo, como si fueran á colgarse de las vigas. No grité por temor. Ojalá hubiera gritado. Luego supimos que venían á proponerle á mi padre un «negocio».

—¿Algún crimen?—pregantamos.

—No señor, no fué un crimen; se trataba de un robo. Oigan ustedes que injusticia;

Callamos.

«Mi padre les dijo á Claro Huertas y los que le acompañaban: «No puedo ayudaros: dejarme en paz que estoy enfermo». Entonces, reparando Huertas en unas cartas que había en una tablilla, y que tenían la firma de mi padre, le preguntó: «¿Quieres que hagamos aquí unos cartuchos, para ir de caza y así no perderemos el viaje?» Y respondió mi padre: «Hacer lo que queráis». Hicieron los cartuchos sirviéndose de las cartas para los tacos. Después, viendo unas polainas de monte se las pidieron prestadas á mi padre y mi padre se las prestó. En mala hora lo hizo. Al día siguiente se descubría un intento de robo en la casa donde le habían propuesto á mi padre «dar el golpe».

—¿Prendieron á su padre?

—Sí señor, lo prendieron; porque al preguntarle el señor juez á mi hermana si conocía las polainas halladas en el lugar del suceso, mi hermana ignorante de lo que se trataba dijo que sí: que las polainas eran de mi padre. Además, como los tacos habían sido hechos con las cartas y en éstas estaba su firma...

—Las pruebas de convicción no dejarían lugar á dudas, en el ánimo de la autoridad.

—Así debió ser, si señor. Ahora no hubiera sucedido eso. Hoy buscan á los hombres cuando hacen algún mal, aunque se escondan debajo de la tierra; pero entonces... Ya ve usted, señor, los otros huyeron sepa Dios á donde... Mi pobre pa-

dre no pudo defenderse; fué inútil que tratara de probar que estuvo enfermo; los testigos éramos nosotros, sus hijos; no se nos creyó y le condenaron. ¡Qué injusticia! Si al cabo hubieran robado... pero no llegaron á robar; solo hubo intento. Unas caballerías que echaron de menos en la casa donde aparecieron las polainas de mi padre, encontráronse el mismo día abandonadas en el campo.

—Pues entonces, ¿cómo han dicho de Tetuán que su padre se escapó del presidio de Ceuta, en el cual extinguía una condena por el delito de homicidio?

—Eso no es verdad. Mi padre no mató á nadie, puede usted creerme. Lo llevaron á presidio siendo inocente. Y no al de Ceuta; él salió conducido de la cárcel de Ciudad Real para el presidio de Cervera. Allí lo hicieron cabo y lo trasladaron á Cartagena. Del presidio de Cartagena se escapó.

—¿Por qué escapó si era cabo y sin duda alguna le faltaba ya poco para lograr la libertad?

—Es que no escapó.

—Ha dicho usted hace unos instantes que sí.

—Bueno, pues no señor; es que les dieron suelta.

—¿Quién?

—Los cantonales.

—¿De manera que su padre de usted, el hoy moro, recobró la libertad merced al intento revolucionario de los republicanos?

—Así fué, señor.

—Cuénteme lo que sepa de aquella fecha.

—Yo solo sé que los cantonales dieron suelta á los presidiarios, y que mi padre en compañía de otro se fué á Marruecos.

—¿Embarcó en Cartagena?

—Sí, señor; y se trasladó á Tetuán. Allí púsose al servicio de un hebreo, que lo trató muy bien; pero echaba de menos á los suyos, recordaba su pueblo, su patria... Quiso extinguir la condena que le impusieron en España é ingresó en el penal donde le hicieron sufrir mucho, no sé por qué motivo; al fin un día se escapó definitivamente.

Yo supe de toda esa historia de mi padre...



CUADROS MARROQUÍES  
**Mezquita de Muley Yusat**

## JORNADA TERCERA

*En la que aparece un mendigo charlatán que cuenta muy interesantes sucesos.*

Se hace una breve pausa, que nosotros interrumpimos para animar á que prosiga la narración el hijo del moro manchego.

Angel Berges apoya la frente en la palma de la diestra, como si pretendiera recordar el pasado.

En el fogón, bajo la chimenea de campana, chisporrotea quejumbroso un tronco de encina.

Contenemos la respiración, anhelantes, queriendo adivinar en el gesto de este buen labriego, el secreto de sepa Dios cuantas extraordinarias hazañas.

Habla, al fin, Angel Berges:

—Transcurrieron los años, no quiero sor-

¿ustedes de qué triste manera para nosotros. Mi madre sin recursos, y sin tener quien recursos ganara. Nosotros señalados por todos, como hijos del presidio...

Fuí soldado el año 79, cuando las fiestas del centenario de Calderón. Serví en Madrid, en el Regimiento de Granada número 34.

Cumplido el tiempo de mi servicio militar hu-  
be de volver al pueblo. Nuestra honrada conduc-  
ta, nuestra laboriosidad, habíamos reconciliado  
con aquellos que antes nos miraban de soslayo.  
Se nos llegó á compadecer, quizás porque desde  
hacia tiempo habíase hecho del dominio públi-  
co la desaparición de mi padre, á quien, hasta la  
fecha en que tuvo lugar el encuentro que ahora  
voy á relatarles, supusimos muerto. Nosotros  
nos consideramos como huérfanos, mi pobre  
madre se tuvo por viuda... ¡Dios perdone al au-  
tor de mis días!

Angel Berges interrumpe emocionado su in-  
teresante narración, y en silencio permanece  
unos minutos, inclinada la frente, abatido el es-  
píritu... Nosotros respetamos su noble actitud,  
este su amoroso recogimiento, mientras su alma  
se estremece de intensa emoción.

Cuando acaba de serenarse su ánimo, nuestro  
amigo yergue el cuerpo, tantas veces encorvado  
sobre los rojos surcos ó sobre la dorada mies,  
y reanuda la interrumpida historia.

—Al poco de regresar del ejército, cuando  
pude juntar unos dinerillos, me casé.

No había vuelto á saber nada de mi padre.

Esta carencia absoluta de noticias, aun haciendo sospechar que hubiese muerto, me ocasionaron no pocos trastornos, que yo le perdono con toda mi alma.

Quisimos hacer expediente, cuando entré en quintas, para librarme de soldado por hijo de viuda. Pero se nos rechazó, porque no existía partida de defunción ni cosa semejante.

Mi pobre madre careció muchos años del auxilio y apoyo del marido, y por si eso era poco su hijo era declarado soldado.

Pero no fué en esta sola ocasión cuando sentimos sobre nosotros el peso de la adversidad, el gran vacío de la falta del padre.

En vísperas de mi matrimonio todos tuvimos que andar de cabeza, incluso el señor cura que hizo todo cuanto pudo por ayudarnos, porque para el matrimonio faltaba el consentimiento paterno y no sé cuantas cosas más. Aparte de eso, en el expediente matrimonial y en el registro civil no sabían si mi madre debería ser considerada como viuda ó como casada.»

Escuchando todas sus desventuras, nosotros pensamos en el intenso dolor de la esposa abandonada, en la aflicción de los pobres hijos cuya orfandad es subsistida por la seña del vulgo, que les persigue de por vida, señalándoles con el índice al recordar la frente del presicio...

Y luego la imaginación vuela lejos y se agita

por sobre la conciencia del renegado, pretendiendo bucear en ella, golpeándole para que despierte, si fuese preciso, y que espabilándose nos diga si alguna vez se acusó de los enormes delitos que cometiera... al huir de la patria á tierras hostiles, dejando en un hogar misérrimo, abandonada, la pobre compañera de sus días, la infeliz mujer que habíale entregado su corazón y su alma entera; sus hijos, fruto de un amor, bendecido y santificado por los sagrados lazos del matrimonio, sangre de su sangre y carne de su carne, sin fuerzas para luchar y manos para vencer; sin experiencia para ir burlando el peligro de la adversidad, tantas veces hallado en la pina y áspera vereda por que atraviesa la pobreza...

Escuchamos otra vez la voz entrecortada de Angel Berges:

—Me casé; andando el tiempo, un día, como otros tantos en que iba al monte á cortar leña, ya de vuelta me salió al camino un pordiosero, alto, de alguna edad, enfermo.

Hacia un día de perros; ¡En la fuerza del invierno, señor! Tapaban el sol las nubes, como hoy; el cierzo cortaba las carnes ateridas.

Yo arreaba el rucio por entrar en calor, andando deprisa, metidas las manos entre la faja, hundido el rostro, hasta la mitad en la vieja bufanda.

El mendigo para entablar conversación, al emparejarse conmigo me dijo:

—Vaya un diaca, amigo.

Yo contesté:

—Buena, para estar á la lumbre, asando unos tasajos.

—Seguimos hablando:

—Valiente vida la del pobre. Y menos mal para los que tienen su casa y su familia, y un borriquillo y salud para ganarlo, como usted.

—Todos tenemos nuestras penas, buen hombre; usted se queja de lo suyo, y no sabe lo que nos pasa á los demás.

—Si yo le contare... ¿De qué se puede usted quejar, si es joven, y tiene en su casa unos brazos amigos, y no le mira mal la gente, y la justicia le deja vivir una vida de paz?

Yo miré el perdiosero, con disimulo, notando que asomaban á sus ojos unas lágrimas, y que le cruzaban la frente unas arrugas. Daba pena la tristeza de su rostro. Aquello que había dicho hizo que le preguntase con interés:

—¿Se puede saber qué penas son las tuyas, buen hombre?

—A nadie las he de contar, pero á tí sí, porque me inspiras confianza—respondió tuteándose—; además, que el nombre de este pueblo trae á mi memoria recuerdos interesantes de mi vida pasada, cosas que me encadenan y esclavizan á la vida de hoy; viviendo errante, sin pueblo, sin hogar, sin familia...

Soy natural de Yébenes,—prosiguió el perdiosero—; cometí un delito y fui á presidio. En

el de Cartagena conocí á otro recluso de este pueblo de Málaga, llamado Raimundo Berges, del cual me hice amigo.

—¿Raimundo Berges?—interrogué al mendigo, al oír de sus labios el nombre de mi padre.

—Sí, ¿que te extraña?

—Que creo recordar ese nombre.

—Calle, muchacho, no digas tonterías; cuando Raimundo Berges el presidiario salió de Málaga, serías tú un rapaz. Pues como iba diciendo, en el presidio de Cartagena conocí á Raimundo Berges; él era cabo de presidio y yo también. Era un buen compañero; lo que se llama un hombre hecho y derecho. No había quien se le subiera á las barbas.

Oyendo hablar al compañero de mi padre,—dice nuestro interlocutor—corría por mi cuerpo un estremecimiento extraño, mezcla de alegría y de emoción. De buena gana le hubiese dicho: «Ese de que usted habla es el autor de mis días» pero me contuve y procuré no perder ni una sola palabra de que cuanto se disponía á referirme.

Entonces supe lo de los cantonales de Cartagena y la escapada de mi padre á Tetuán, y su presentación en el penal de Ceuta después. En toda esa odisea le acompañó el pordiosero.

Interumpimos á Angel Berges:

—¿De manera que todo eso no lo sabe usted por alguna carta de su padre?

—No, señor; mi padre no nos escribió nunca.

—El ha dicho que sí.

—Pues nosotros no recibimos sus cartas.

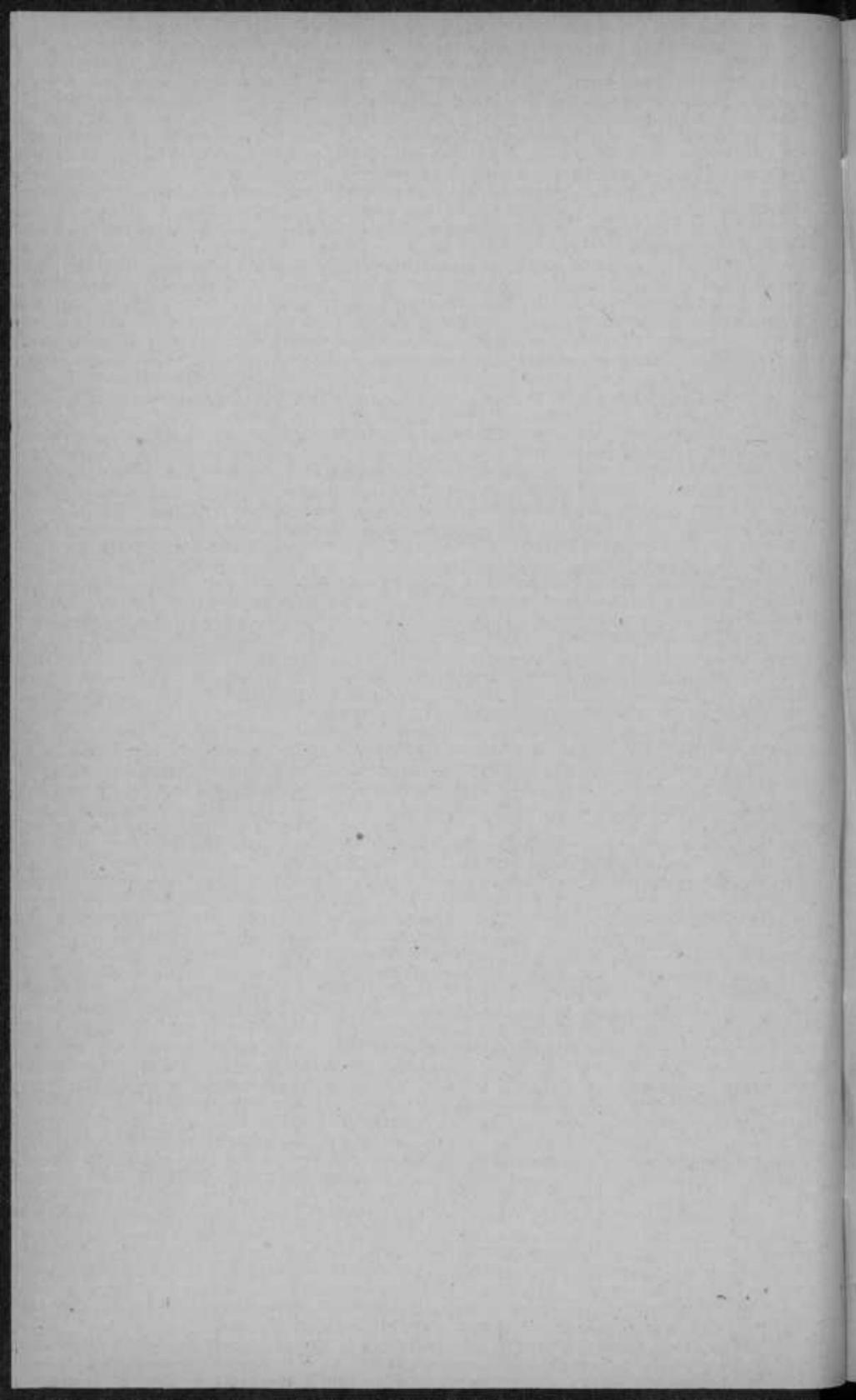
—Por eso se casó con la mujer mora que ahora tiene; por el silencio de ustedes.

—¿Y mi padre dice que escribió?

—Eso dice y será verdad. Que ustedes no recibiesen las cartas nada tiene de extraño. ¡Bueno andaría el correo hace cuarenta años, entre Marruecos y España! Siga usted.

—El perdiesero me dijo también cómo fué la fuga del penal de Ceuta y el engaño que con él cometió mi padre. Verá usted...





## JORNADA CUARTA

*De cómo Raimundo Berges se fugó del presidio,  
dando de «lado» á su compañero*

Descansa unos minutos el hijo del moro manchego y prosigue de esta manera:

«Cuando salimos de Tetuán para Ceuta,—reuerdo las mismas palabras del mendigo—, el judío á quien servíamos nos había tomado tal afecto, por ser españoles y españoles á quienes la desgracia alejó de la patria, que al despedirnos de él nos dijo: «Si algún día necesitais de mí ya sabéis que aquí estoy.» Y cumplió su ofrecimiento, si bien éste sólo benefició á mi compañero como luego te contaré.»

—Yo,—habla Angel Berges, á quien sin apenas respirar escuchamos—, ponía tanta atención en cuanto me decía el mendigo, como ustedes ponen ahora en oír mi relato. Ya no me recor-

daba del frío, ni de las nubes, ni del almuerzo, ni de mi mujer que estaría aguardándome con una buena lumbre. ¡La duda de tantos años, la eterna angustia de no saber si vivía mi padre iba á cesar! A mi lado, pronunciando su nombre, caminaba el que fué compañero de sus aventuras, testigo de su temeridad, quizás depositario de algún secreto, quien sabe si sabedor de alguna nueva desdicha que yo ignorase. Deseaba hablar, y procuraba contenerme para que el mendigo continuara. Ya con vistas á Malagón seguía diciendo:

«Llegamos juntos al presidio de Ceuta; nos presentamos, contando á las autoridades nuestra huida de España, embarcados en un vapor que en los días de la revolución salió del puerto de Cartagenas. El que hacía de jefe nos preguntó el motivo por el cual fuéramos condenados á prisión. Mi compañero creo que mintió callando su supuesta pero aparentemente probada, participación en un delito de robo. Por no declararse ladrón, ó condenado como ladrón, se confesó homicida tal vez.»

—¿Ve usted,—intervenimos vehementes,—cómo eran ciertas nuestras noticias, acerca del homicidio de su padre?

Angel Berges protesta:

—Dije á ustedes que mi padre no mató nunca á nadie y esa es la verdad. El sabrá por qué dijo lo contrario.

—Ha echado sobre él una mancha de sangre...

—O alguien se la habrá echado, señor; en el mundo hay mucha gente mala; solo en la otra vida dicen que hay verdadera justicia.

—La justicia de Dios, el Supremo Juez, amigo Berges.

—Pues si es así, mi padre no penará por el delito ese que ustedes dicen.

—Que nos han dicho.

—Lo mismos dñ.

—Continúe la narración del pordiosero.

—Oigan ustedes, que es mismamente como si hablara él. Me decís:

«Berges cayó en desgracia entre las gentes del penal, desde el punto y hora que se hicieron entrega de nosotros. Los empleados lo trataban mal; casi siempre lo tenían de servicio y en el peor de todos; por cualquiera cosa lo encerraban en el calabozo, privándole del rancho. Hasta llegaron á pegarle alguna vez con un vergajo. El comenzó por rebelarse, luego no hacía más que protestar, al poco tiempo ni protestaba. Yo le ví en varias ocasiones entornar los ojos y cerrar los puños, como si á punto de ir á lanzarse contra los que le maltrataban se contrajeran sus músculos en un retorcimiento brusco y doloroso á contravoluntad, en sacrificio de ánimo...»

—¿Hablabá así el pordiosero?—interrogamos.

—Como ustedes lo están oyendo—responde el hijo del moro manchego—; por cierto que hasta apretaba el también los puños, reschñando al mismo tiempo los dientes.

—Todo eso es grave, muy grave.

—A ustedes les parece grave, ¿verdad? Imagínense cómo me parecería á mí, y cuan dolorosamente sonarían las palabras del pordiosero sobre mi corazón.

Angel Berges llora.

Mientras logra serenarse, vemos á su padre en su calabozo sin luz, abrasadas sus carnes por la fiebre, en tensión sus nervios, con la mirada vaga, perdida en el espacio, ó bien fija en las frías losas, en los húmedos muros, en los gruesos barrotes que al presidiario separan del mundo, sintiendo en su pecho la brasa del odio, bullendo en su cerebro la idea de la sangrienta venganza...

Nos preguntamos: ¿Raimundo Berges, no mataría en el penal, antes de su fuga definitiva á tierra de moros? ¿Será ese, el delito de sangre que se le atribuye? La voz del hijo pone término á nuestra meditación.

—Oigan, señor, lo que después de todo eso me refirió el que fué compañero de mi padre:

«Un día, se me acercó mi amigo Berges y me dijo:—No se qué hacer, paisano, estoy harto de esta perra vida que me dan: ó mato á ese hombre, (referíase al que más se ensañaba en él,) ó me voy del presidio.»

«Yo traté de serenarle; estaba exultadísimo, llegué á temer que sufriese algún ataque de locura. «Desecha esas malas ideas» le dije; quién sabe si á lo mejor vendrá el indulto nuestro». Y

me contestó: «Aquí el indulto es la muerte; ¿has visto que pocos regresan á su país? Hoy echamos de menos á uno, mañana á otro... ¿Y qué ha sido de ellos? Tú no lo sabes, porque por fortuna para tí, no caíste en desgracia entre estos infames; yo sí lo sé: sin ir más lejos, esta noche pasada hemos enterrado á uno de esos infelices que desaparecen...»

«Eché á temblar de frío; un frío extraño, de calentura, de miedo; como cuando nos aterra la idea de la muerte tal vez... ¡Pobre Berges! Hasta ese día, que tuvo para mí la terrible confesión ignoraba yo la magnitud de su infortunio. Después lo he visto en sueños muchas veces, ejerciendo su oficio de enterrador por fuerza, silenciosamente, secretamente; ó bien atravesando los tenebrosos rastrillos del penal, á media noche, brillando en las tinieblas sus ojos febriles, á los que asomaba el espanto de su ser, llevando con otro compañero de tormento el cuerpo inanimado de uno que ya expiró...

Nosotros pensamos:

Debió sufrir horas de espeluzno, de ahogo, de desesperación y de terror: tanto como protagonista de aquellas escenas inenarrables, ante los restos de un atormentado, cavando la sepultura que había de guardar el secreto de su muerte, oyendo cerca el mar embravecido, la voz de alerta de algún centinela casi extinguida por la distancia, como ánima en pena, danzando en las tinieblas, tropezando quizás en la misma tierra

que cavarán, ó cayendo en alguna ocasión abrazados al cadáver cuanto si pensaba en la posibilidad de ser él al día siguiente el objeto de aquella dantesca operación, cuyo frío de muerte rozaría sus trémulos labios, estremeciendo su cuerpo hasta hacerle temer, el choque violento de unos dientes con otros que pudieran éstos rompérsela...

Escuchamos á Angel Berges sin mover los párpados. Sitiendo que se nos vá el sombrero, impelido por los cabellos que se nos ponen en punta. El llora, en tanto; luego se limpia las lágrimas con el reverso de la mano diestra y prosigue:

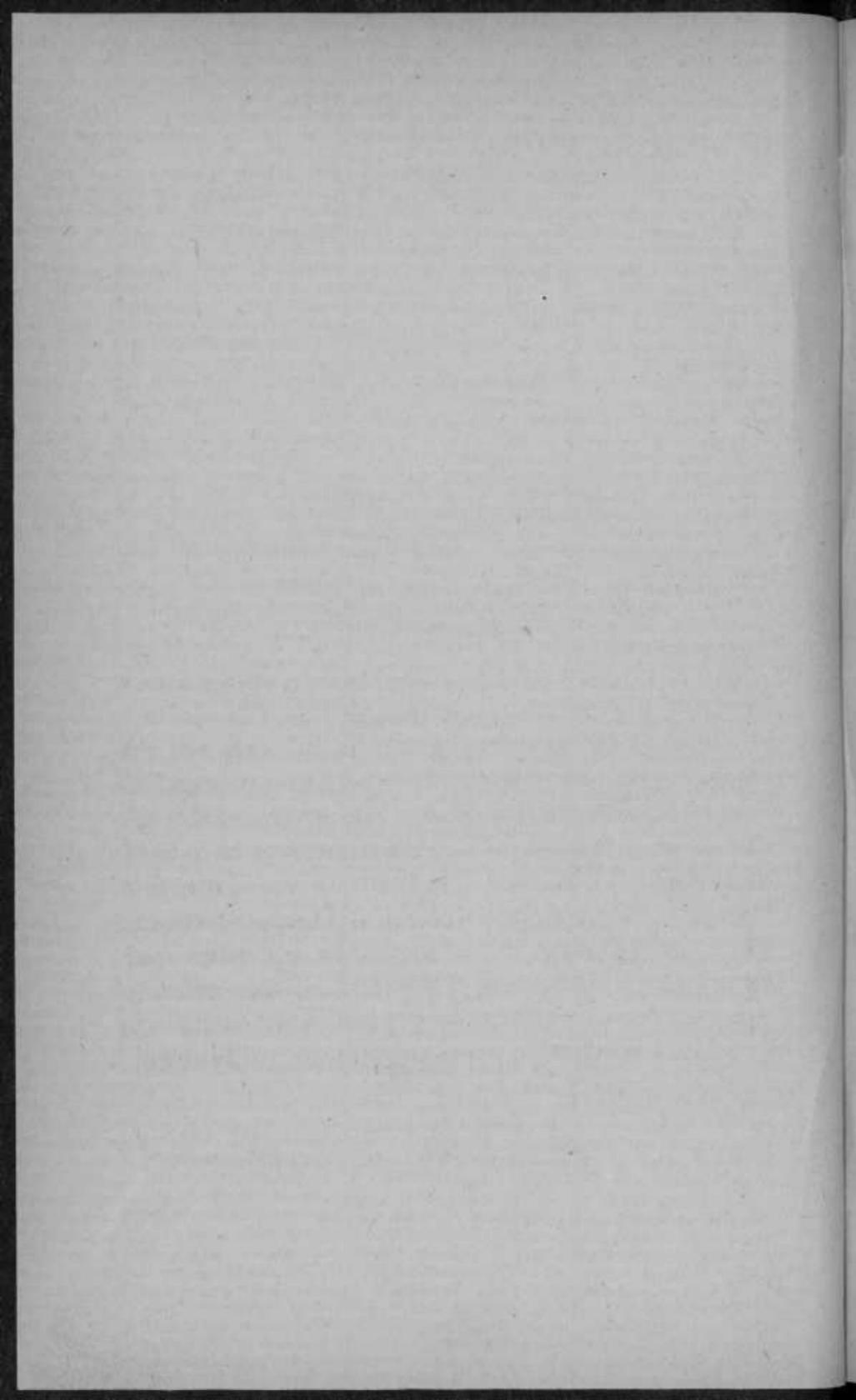
—«Me faltaba la respiración, oyendo al por-dicsero las desventuras que amargaron la existencia de mi padre. Parecía como si me hubieran echado un nudo al cuello, con intención de ahorcarme. A prueba puse mi voluntad y el temple de mi alma para que el mendigo no reparase en mi emoción intensísima. Le di un cigarro y siguió su relato:

«Raimundo Berges me contó cosas que yo no había observado en el presidio. Que fuesen ciertas ó maliciadas por él, dado su estado de ánimo no lo sé. Un día se acercó y me dijo: «¿Ves ese que acaba de llegar, condenado á perpetua por un delito político con atentado? Pues pronto irá al otro barrio.» Y así fué. Comenzó á enfermar y tales progresos hizo su enfermedad que falleció al poco tiempo. Recuerdo tam-

bién que en cierta ocasión un joven á quien se llamaba el anarquista, que había intentado no sé qué fechoría, al tratar de escaparse lo sorprendieron los centinelas y le volaron los sesos. Por cierto que Berges cuando lo supo me miró y me dijo: «otro indultao». Por eso el decía que el indulto de los reclusos era la muerte.»

«La verdad es que en el tiempo de nuestra residencia en Ceuta, lo menos diez se despenaron. Este porque se escapó á Tetuán, con los moros; aquél porque se murió; dos ó tres porque extinguieron la pena ó porque los indultaron.

Mi amigo y compañero tuvo un día correo. Le entregaron la carta delante de mí. Fué en uno de varios días de una racha buena, en los cuales le dejaron vivir en paz. Berges abrió la carta, y en ella se le anunciaba el envío de seis mil reales para los dos. Aquella carta era contestación á una nuestra, del hebreo á quien estuvimos sirviendo en Tetuán, á raíz de nuestra escapada de Cartagens. El mismo día de la carta, un individuo que vino de la ciudad mora trajo el dinero. Lo recibió Berges, me habló de un plan para huir de Ceuta; medio acepté. Nos estrechamos la mano y nos separamos para que nadie sospechase. Y hasta hoy; me traicionó, huyendo él solo al moro.»



## JORNADA QUINTA

*En la que se demuestra cómo la libertad cuando  
es mal ganada se disfruta peor*

El pordiosero hizo una pequeña pausa, y luego de tomar aliento continuó:

«Apenas se supo en el penal la escapada de Berges, recayeron sospechas de que yo estuviera complicado en su huida. De nada sirvió mi disimulo, y menos mis protestas. Desde aquél momento no escapé bien ni un solo día. Me acostaba entristecido, apenado, algunas veces á punto de desesperarme y cometer una atrocidad cualquiera. Apenas descansaba unas horas, y estas en continuo sobresalto, pensando en el mal que me aguardaría, peor quizás aún que lo anterior. Al levantarme lo hacía con el alma en un hilo como suele decirse; me encomendaba á Dios y al formar en fila con los compañeros ex-

clamaba para mis adentros: ¡Sea lo que Dios quiera!

Trascurrió el invierno de 1874. Llegaron los días de calor. En uno de los de mediados de Julio, á mitad de la noche se desencadenó sobre el penal una horrorosa tormenta. Se estremecía en sus cimientos la fortaleza; rugía embravecido el mar; cada trueno, parecía como si se desgajase el cielo y se hundiese la tierra; de vez en cuando, rasgando las tinieblas impenetrables del infinito, un relampago cegador hacía llegar hasta mí resplandores de incendio. Temblaba el pavimento bajo mis pies, y yo al enderezarme en el camastro, medio muerto de pavor, me tambaleaba como borracho; quise apoyarme en los fríos muros de mi encierro y los muros se estremecían también. Del techo, desconchado á trechos, se desprendían partículas de yeso, que al rozar en mi rostro hacíanme hundir el cuello entre los hombros, como si, temiendo la catástrofe, el instinto de conservación me llevase á resguardar la cabeza, de manera ilusoria.

Sentí unos pasos y al poco llamaron en la puerta del calabozo. A través de las sombras, la lámpara de aceite del carcelero vino á herir mis ojos, que aterrados debieron mirar hacia el exterior como los de un loco. Pensé si se habría incendiado el penal [y humanitarios pretenderían salvarme; mas pronto la voz del carcelero me hizo pensar de muy distinto modo. «Arriba, granuja», dijo, al mismo tiempo que desechaba

los cerrojos. Y añadió: «Verás ahora que escanita nos espera». Entonces, recordando lo que me contara en vísperas de su fuga Raimundo Berge, ya á punto de desvariar, imaginé si no intentarían deshacerse de mí, antes de abandonar la fortaleza incendiada.

Penetró en el calabozo el carcelero: avanzó, cauteloso como quien teme el justo castigo, al comienzo; sudar luego, apenas convencido de mi inferioridad física y de mi cobardía de ánimo. Yo le veía avanzar, desde uno de los ángulos de mi encierro, cada vez más pegado al muro. Resuelto, iracundo y cruel salvó de un salto, como un chaco, la distancia que nos separaba, y haciendo silbar en el aire un vergajo con el que cruzó el rostro, á la vez que decía: ¡Arrea *pa* *alante*, holgazan! Se me anubló la vista, sentí que se me encogía el corazón y que se me agarraban las manos, en tensión hacia arriba.

Mi verdugo se había dejado de par en par la puerta, y un soplo de aire le apagó la linterna; un instante quedamos á oscuras; yo contentiendo la respiración percibía la suya casi encima de mí. Rápidamente cruzó por mi imaginación la idea salvadora; recordé que el asesino de tantos hombres indefensos, tenía en aquel instante las manos ocupadas: con el vergajo la una y con la cueiga de llaves la otra; por pronto que las tuviera libres... Un relámpago iluminó la escena; me abalancé á aquél hombre, hicieron presa mis manos en su cuello, y cuando ya su respiración

era un ronquido le solté; cayó pesado como el plomo, al suelo, pero con vida. Gracias á mis escasas fuerzas, poco á poco perdidas desde que fui sometido al régimen llamado de castigo, había salvado la existencia aquel miserable.

Dí gracias por ello á Dios, elevando al cielo una mirada que en tales instantes debió valer tanto como una oración. En ella iba toda mi alma. Rápido despojé del uniforme y del revolver al vensido y con toda la ligereza posible me deslicé galería adelante hasta llegar al exterior. Nadie se opuso á mis propósitos, creyendo tal vez que se trataba de un empleado de los relevados en el último turno. Al verme libre sentí que se me ensanchaban los pulmones. Mi frente, abrasada por la sangre que poco antes llegó á hacerme temer una congestión, fué acariciada por el frescor de la noche. Me golpeaban las sienes, como en taladro de martillo.

Todavía hallébase cerca la tormenta. En las calles de la ciudad reinaba el silencio y la paz. Me orienté. Cerca los centinelas que vigilaban el campo moro. Debían hallarse bajo la impresión de los relámpagos y de los truenos, en aquellas tierras, y abocados al mar, más imponentes que en tierras de España. Hice oído, tendiéndome en el suelo, y así fui arrastrándome sin respirar apenas, hasta hallarme lejos de la vigilancia de la plaza. Al amanecer entré en Tatuau, en la tienda del hebreo amigo; pero éste había desaparecido.»

—Al llegar á este punto—dice Angel Berges— interrumpí al porólsero preguntándole: «¿Y no supo usted del «previdario de Malagón?» «Si supe,—respondióme—; me dijeron que se había hecho moro.» «¿Sólo eso?» insistí. Y contestó rotundo: «Nada más; estuve en Tetuán cerca de un mes por si daba con él, y en vista de que todos mis deseos se malograban aproveché una ocasión para irme á Argel. Allí me puse á trabajar, explotado inicuamente por los franceses, y enfermé. Entonces me vine á España. Pero como no puedo decir quien soy, porque si lo digo pierdo la libertad de los escasos días que me quedan de vida, tengo que vivir así, errabundo, sin hogar, mendigando de pueblo en pueblo...

—Esto está perdido ( exclamé yo)—dice Angel Berges,— ¡viniere la república...

—Y el mendigo me atajó con estas palabras:

—¡República! Tú no sabes lo que dices. A la república debo yo mi libertad y ya ves tu si mi vida es triste. Menguada libertad la mí', que me hace burlar la ley á cada paso, que me tiene en perpetuo desasosiego, siempre amenazador en mi conciencia el recuerdo de la justicia... ¿Para qué quieres tu que venga la república, muchacho?

Sin dudar un momento, sigue diciendo Angel Berges, le respondí:

—¡Para alcanzar alguna mejora!

—Eso es lo que creen todos los ignorantes como tú; que la república alivia las necesidades

y remedia la situación del pobre. ¡Hijos! A todos os ergañan. La república no dá nada á quién nada tiene. ¿Te enteras? Si mañana viniese, tú habrías de seguir trabajando como las bestias de carga. Si no tienes bienes nada te pedirían; pero como tuvieses, si ahora te piden como diez entonces como veinte. Alguien ha de pagar lo que otros cobran; alguien tiene que trabajar por los que no trabajan...

Ya te he dicho cómo se vive en Argel; y allí tienen república. Y si es en España... A los partidarios de la república debemos la libertad Raimundo Berge, yo y otros cuantos «desaventurados» que nos dejamos llevar de la primera impresión y caímos en el triunfo de los que solicitaron nuestro auxilio. Porque has de saber, que si á los presidiarios nos dieron suelta los revolucionarios fué con su cuenta y razón; para que les ayudáramos á proclamar la república, declarando en cantón á Cartagena.

No todos están al tanto de lo que sucedió por aquel entonces. En los «papeles» se contaron muchas mentiras.»

Ibamos aproximándonos al pueblo—dice Angel Berge—, y el pordiosero no acababa con sus historias; pero como en todas ellas salía á relucir el nombre de mi padre, contuve mi impaciencia, que llegué á sentirla y muy grande por saber algo que me orientase hacia él, y así le repliqué:

—Cuente, amigo, que tengo mucho gusto en

escuchar todas esas cosas que usted sabe. El pró-  
siguiente:

—Llevábamos en el penal de Cartagena unos meses. Un día, creo que fué el 13 de Febrero de 1873 se dijo entre los reclusos, por cartas que algunos recibían de sus familias, que el rey don Amadeo había hecho renuncia al trono por sí y por sus descendientes, y que al otro día habían entrado á gobernar los republicanos. Hago mención de esto para que te enteres de que tamb'én aquí hemos tenido eso que tu deseas; el 11 de Febrero proclamaron en Madrid la república, y nosotros no lo notamos en el penal; el mismo rancho, los mismos vergajazos; el mismo robo de los que nos entraban como de matute ciertas cosas que nos estaban prohibidas... Lo que te diga ; todo igual. No sé por donde llegaron á nosotros unos periódicos, (por entonces comenzaban los días de calor), en los cuales se hablaba de un tal Antonio Galvéz, jefe de los revolucionarios de Murcia, elogiando mucho su valor y su liberalidad para con los vencidos. Si la memoria no me es infiel diré que en los primeros meses de Julio del mismo año ya se hablaba en el penal de sucesos que ocurrirían, y de la posibilidad de que fuéramos todos indultados. Esto produjo entre los presidiarios una alegría extraordinaria, pues algunos estaban sufriendo la perpetua.

El 12 tuvimos vagas noticias de lo que se tramaba en la plaza, dirigido por el famoso Anteo-

ño Galvez. También supimos que el tal Galvez se hospedaba frente al presidio y que los jefes de la escuadra secundaban sus planes revolucionarios.

—¿Tú has oído nombrar á Pi Margall?—me interrogó el pordiesero.

—Yo no, señor,—le contesté.

—Pues ese era el jefe del Gobierno—significó hablando el pordiesero—cuando el cantón murciano y la sublevación de Cartagena. El quería para España una república federal, por medio de cantones, y Galvez oyendo interpretar fielmente las instrucciones de su jefe se anticipó á las órdenes del Gobierno y sublevó á la escuadra y á una buena parte de las tropas que guarnecían Cartagena. El comandante militar, que creo se llamaba Contreras, le ayudó en la consecución de sus propósitos.

Cuando el Gobierno dió órdenes para que Galvez contuviese á los suyos ya no le era fácil retroceder al jefe murciano, y entonces el Gobierno mandó tropas sobre los cantonales. Estuvo sitiada la plaza un mes justo; la escuadra bombardeó á las tropas leales hasta acabar sus municiones. Galvez con los suyos se hizo fuerte cuanto le fué posible, pero el hambre los puso en el duro trance de rendirse. Antes de esto, cuando ya no quedaban artículos de primera necesidad en la plaza, ordenó que se abrieran las puertas del presidio para que le siguiéramos, con la promesa de concedernos la libertad definitiva

tan pronto como fuese proclamada la república federal.»

Interumpí al mendigo, dice Angel Berges haciendo un paréntesis en su interesante narración.

—Fué entonces cuando se marcharon á Tetuan usted y el presidiario de Malagón?

—No; Raimundo Berges y yo estuvimos á las órdenes de Gálvez algún tiempo. Por cierto que á los pocos días de salir del presidio, en unión de otros compañeros nos dimos un gran banquete con carne de rata. Era lo único que se encontraba en la ciudad de alguna sustancia.

—¿Y Raimundo Berges era republicano?

—¡Que sabía él de republicas, oriatura! El se puso á las órdenes del jefe del cantón como yo y como todos los del penal; por lograr la libertad. En mala hora se le ocurrió á Galvez darnos suelta. Cuarenta días anduvimos arriba y abajo huyendo de la guardia civil, comiendo mal, durmiendo apenas, viviendo en continuo sobresalto, hasta que se nos facilitó embarque para tierras de Africa.

—¿Y fué entonces cuando estuvieron usted y Raimundo Berges en Tetuan?

—Entonces fué. Ya ves tú, cómo la libertad nuestra, por haber sido mal ganada deja de ser tal libertad. Estamos fuera de la ley, condenados por esta misma libertad á vivir como no

vive nadie: ó lejos de la patria ó errantes siempre.»

Yo—dice Angel Berges—no acertaba á preguntarle de qué modo podría averiguar el paradero de mi padre. Por fin, á fuerza de darle vueltas en la cabeza, se me ocurrió una idea y le pregunté:

—¿Y si usted quisiera saber el paradero del que fué su amigo, no lo conseguiría?

El mendigo exclamó:

—¡Bah, ya lo creo! ¿Pero para qué? Si algún día quiero saber de él, y no se ha muerto, yo sabré ingeniarme.

—¿Cómo?

—Es muy fácil. En Tetuán hay un convento de misioneros; frailes, para que tu me entiendas. Si yo les escribiera mostrando interés por el moro Raimundo Berges, seguro estoy de que se desvivían por servirme, hasta descubrir su paradero. Aunque otra cosa digan los republicanos, no hay gente más buena que los frailes. Allí en Africa hacen mucho bien á todo el mundo...»

Nosotras preguntamos á nuestro amigo:

—¿Y usted no ha escrito á los misioneros de Tetuán?

—Sí, señor. Oigan ustedes: como estábamos casi á la entrada de Malagón y yo ya sabía todo lo que me interesaba saber, me despedí del portador. A la carrera anduve las calles del pueblo hasta la puerta de mi casa. Entré. En la lum-

bre estaban mis suegros y mi mujer. Un sartón de migas humeaba en la lumbre. Nos pusimos á almorzar y yo apenas probé bocado, tanta era mi preocupación.

—¿Qué te pasa?—Inquirió la madre de mi mujer.

Con gusto les expliqué lo que me había dicho el pordiosero. Mi suegra me regañó porque no le había llevado á casa, y ella quedó encargada de buscar á quien escribiese á los misioneros.

Queda pensativo unos momentos Angel Berges, y poniéndose en pié exclama:

—Aguarden ustedes.

Y sale de la ranegrída cocina unos instantes.



CUADROS MARROQUÍES  
Una tapada de Tetuán

## JORNADA SEXTA

*En la que se hace mérito del servicio prestado á Angel Berges por unos padres misioneros.*

El hijo del moro manchego vuelve junto á nosotros mostrando en la diestra un paquete de cartas. ¿Cuántas veces las habrá dado á leer hasta la fecha por el placer de oír lo que se dice en ellas? Dios sabe. Mucho, sin duda. El tiempo, la luz, el polvo han amarilleado sus márgenes, borrado la escritura y cortado los pliegucitos rayados, mismamente por su dobléz.

Angel Berges nos las ofrece para que avaloremos nuestros apuntes.

Acuciados por la curiosidad, quisiéramos desentrañar todos los secretos de tan preciados manuscritos, penetrándolos con una sola mirada; pero nuestros ojos miopes, que á veces saben leer en el alma á través de la materia, ahora han de ir leyendo letra á letra en este tesoro de confidencias.

—De manera,—preguntamos—que usted ha tenido noticias de su padre?

—Sí, señor; gracias á los frailes.

—¿Cuándo tuvo usted las primeras noticias?

—Hará como unos estorce años.

—¿Vivía aún su madre?

—Mi pobre madre murió hace muchos más. Casi era yo un muchacho.

—¡Callamos.

Trémulas, nuestras manos apenas seiertan á desdoblar la primera carta, tesoro de afectos tal vez, manantial de ternuras quizás, acaso caudal de amarguras y melancolías sin cuento.

Angel Berges, con una intalción que colma toda la medida de su amoroso sentimiento nos dice:

—Esa debe ser la que nos escribió el P. Ramos, dándonos cuenta de las noticias que tenía de mi padre.

Y así es, ciertamente. Desdoblamos la carta y leemos. Escuchad:

«Tetuán de Maruecos. Iglesia de las Victorias,  
15 de Abril de 1905.

Sr. D. Angel Berges.

Malagón.»

«Muy señor mío: Tengo á la vista su carta de 8 del que rige y aunque con las ocupaciones de Semana Santa no he podido todavía salir para preguntar por su padre de V. á fin de dejar recado á una familia de esta para que lo envíe aquí cuando venga á la ciudad, puedo

»asegurarle que las noticias que de él tengo son  
»QUE VIVE en un pueblo próximo á Tetuán, lla-  
»mado Benicler. Tiene varios hijos que trae de  
»vez en cuando aquí y nos besan la mano.

»Si él quisiera irse con su familia podía ha-  
»cerlo y aún lleva-se á sus hijos para hacerlos  
»cristianos, pues ya los fugados de aquel tiempo  
»están libres.

»De todos modos yo haré por verle y le men-  
»taré la carta de Vdes. para que vez que no  
»se olvidan de él y lo que resulte se lo escribi-  
»ré y aun haré que él mismo les escriba.

»Sin más de particular queda ofreciéndose de  
»usted S. S.

Q. S. M. B.

FR. JOSÉ M.<sup>a</sup> RAMOS.

»P. D. Fr. Apolinar está ahora en el convento  
»de Ntra. Sra. de Regla, en el pueblo de chipio-  
»na, (Cadiz.)

»Después de escrito lo que precede, acabo de  
»hablar con la familia cristiana donde viene á  
»parar el Sr. Raimundo. Me dicen que desde las  
»revueltas últimas de las kábilas limítrofes, no  
»viene á la ciudad, pero que aun ayer estuvo en  
»casa su hijo único de la mora vieja que está  
»con él y que por él saben que está bien.»

»El hijo también quiere ser cristiano y ya una  
»vez se escapó á Ceuta para conseguirlo. Esta fa-  
»milia dice que le avisará para que venga á en-  
»tenderse conmigo. Lo que resulte se lo avisa-  
»ré á VV.»

Cuando acabamos la lectura de esta carta, Angel Berges llora. Con el reverso de la diestra se enjuga unas lágrimas, y después de guardar unos minutos silencio, repuesto nos aclara:

Ese Fr. Apolonio que ha leído usted es el superior que antes había en el convento de Tetuán. Su nombre me lo facilitó el pordiosero, y á él escribimos la primera vez, hará como unos catorce años. Pero nunca logró ponernos en correspondencia con mi padre, no se si porque este tuviera todavía algún temor de que las autoridades de Ceuta pudiesen perseguirlo.

El P. Ramos, como ya verán ustedes en otra carta—sigue hablando el hijo del moro manchego—consiguó que nos escribiera mi padre; orao que fué en el mismo mes que dice esa primera carta. Desde entonces hemos tenido noticias de mi padre unas cuantas veces, hasta antes de declararse en Tetuán la guerra.

Con gran tristeza exclama:

—Ya no le volveremos á ver. ¡Es tan viejo! ¡Está aquello tan lejos! Si yo pudiera hacer el viaje...

Tenemos unas palabras de consuelo para Angel Berges y proseguimos en la interesante tarea de examinar estas cartas.

Mientras, el buen manchego dice unas sentidas frases, de gratitud y elogio para los beneméritos misioneros de Tetuán, á cuyos desinteresados servicios debe el viejo Raimundo Berges la satisfacción de saber que no le han olvi-

dadó sus hijos y á éstos la grata noticia que les puso en conocimiento de la existencia de su padre, tantas veces llorado.

—Nunca pagaremos á los buenos frailes de Tetuán, el bien que nos han hecho—balbucea Angel Berges enternecido.—Si no hubiera sido por ellos, aún tendríamos á mi padre por muerto. Y si no por muerte, como olvidado de nosotros que todavía es cosa peor.

—Pues esos benditos varones, decimos nosotros, son los eternamente odiados por los partidarios de la república.

—Entonces,—prorrumpie ingénuo Berges,—la república no deba ser tan buena como nos aseguran. Tenía razón el pordiosero.

Puntualizamos:

—No es eso, buen amigo; la república es compatible con los frailes, porque también puede serlo con la religión. La incompatibilidad no está en el sistema de gobierno sino en los hombres de gobierno.

Angel Berges bostezaba; no nos entiende. Procuramos ponernos á tono, hablándole con más claridad y en la noble tarea somos interrumpidos por un alegre rapaz, que dando voces penetra en la ensombrecida cocina.

El rapaz es nieto de Angel Berges; biznieto del moro manchego. He aquí, lector, un tercer retoño del tronco desgajado en tiempos por el rayo de la Justicia, que á tanto equivale un error judicial.

Acarició Berges á su nieto, y reparando nuevamente en las cartas que nos entregó, queriendo ayudarnos en la ordenación y clasificación de las mismas dice:

—Desde que el P. Ramos contestó á nuestra primera carta hasta poco antes de comenzar la guerra, de quince en quince días escribíamos á mi padre, por mediación del misionero; pero aún tardamos á ver la letra suya bastante tiempo porque casi siempre se encontraba fuera de su orilla dirigiendo alguna obra de albañilería.

De Abril del 905 es la primera que nos escribió el P. Ramos y no recibimos ninguna otra hasta á últimos de Junio. Aquí está.

No se equivoca el hijo de Raimundo Berges. La carta que él nos muestra esa es.

En ella el P. Ramos escribió hace ocho años lo que sigue:

»No he vuelto á ver á su padre. El hijo, que vino otra vez, le llevó el recado de que tenía »aquí cartas de sus hijos y nietos, pero todavía »no ha venido. Por el hijo se que está bien y »que está trabajando en Anxera cerca de Tetuán.

»Tan luego venga le leeré sus cartas y veremos si acuerda mandarles algo aunque hasta »fines de verano no tiene sus cosechas recogidas ni por lo tanto vendidas.

»Me dió palabra de venirse á esta ciudad para »morir cristianamente tan luego como se sintiese enfermo.

»Las cartas de ustedes le rompen el corazón

»y le hacen llorar mucho, pues él no les puede  
»olvidar. El chico que es un moestón rubio co-  
»mo un inglés, está deseando por momentos co-  
»nocer á sus hermanos de España, pero apenas  
»habla el español.

»El cuanto puede decir á V. por ahora s. s. ».

FR. JOSÉ MARÍA RAMOS.»

Angel Berges nos ha rogado que leyéramos en alta voz para enterarse una vez de lo que se le dice de su padre. No sabe él leer, y sin embargo van siguiendo sus ojos la lectura, fijos en los renglones que traza el bondadoso misionero, como queriendo adivinar en cuál de ellos se expresa el cariño del autor de sus días, en cuál otro se dice que las cartas de los hijos le rompen el corazón; palabras benditas que enternecen y arrancan lágrimas bienhechoras, consolando después de haber sentido la más intensa amargura.

El mero manchego no olvida á sus hijos, quizás porque tampoco olvidó su religión. Sufre y llora. Se siente atormentado por dos deberes que le llaman, que le atraen, pero que tal vez no puede armonizar. De un lado los hijos y los nietos que le reclaman desde España; de otro su vieja mujer mora, madre de otros hijos también, á quienes por ser carne de su carne y sangre de su sangre su espíritu cristiano no le consiente abandonar.

La lucha de Raimundo Berges, entre esos dos



deberes, se manifiesta en la primera carta que á sus hijos de España escribió, cuando por el superior del convento de Tetuán tuvo noticias de ellos.

Estas son sus palabras:

>Cuando vosotros escribisteis al P. Superior  
>de esta Misión estaba yo siete leguas de aquí.  
>Por un hermano vuestro, único hijo que aquí  
>tengo, me enteré de vuestras cartas, y hasta  
>hoy no pude venir á Tetuán para contestaros.

>El Padre Ramos me la leyó y escuso decirlo  
>que me arrancó lágrimas de ternura pues yo  
>jamás os puedo olvidar. No olvido tampoco mis  
>cosas de cristiano; todos los días rezo lo que  
>me enseñaron mis padres, y espero morir al  
>lado de los buenos padres de esta misión.

>Yo bien quisiera veros y abrazaros y si vi-  
>niésais para quedaros aquí os enviaría cien dú-  
>ros para el viaje. Pero si venis para marcharos  
>como supongo, quizás sería nuestra pena muy  
>mayor al separarnos.

>Me direis si sufris necesidades alguno de vos-  
>otros, pues aunque no me sobre ni me falte,  
>el amor de padre es tanto que haría cualquier  
>sacrificio por aliviar vuestras penas.

>El hermano que aquí tenéis de unos 18 años,  
>se desvive por ir á veros y no duda que á mi  
>muerte hará un viaje hasta ahí.

>Escribirme con frecuencia, que gozo mucho  
>con vuestras cartas, y para vuestro consuelo  
>voy á firmar después de tantos años que nadie

ve mi firma. Mis recuerdos á toda la familia,  
un abrazo muy apretado á todos y cada uno de  
vosotros mis hijos. Vuestro padre

RAIMUNDO BERGES.

Después de la fecha de la última carta, Raimundo Berges no volvió á escribir á sus hijos hasta el 28 de Julio de 1907, si bien tenian noticias de él por el P. Ramos. En esta fecha les escribió manifestando su deseo de que fuera á verle su hijo Angel, y acusando recibo de haber llegado á su poder un retrato de su hija Andrea, á quien á pesar del transcurso de los años reconoció. Berges prometió en esa carta á su hijo Angel el envío de algún dinero para que hiciera su viaje á Tetuán, pero bien sea porque las cosechas se le dieran mal, ó bien por alguna otra causa ello es que todavía no ha cumplido lo que prometió.

En Mayo de 1910 el P. Ramos vuelve á escribir al hijo del moro manchego y dice de éste que no ha vuelto por Tetuán desde dos años antes. Recuerda en esa carta el ofrecimiento que Raimundo Berges hiciera á su hijo, y á propósito apunta unas sospechas que, dadas las costumbres de las gentes de Africa, las juzgamos muy acertadas.

Véase uno de los párrafos más interesante de la citada carta:

«Aquí hay dos cosas : una la de si se prestaría á recibir á V. y venir aquí, en caso de que us-

»sted viniese á verlo; y otra que para este efecto  
»le mande dinero.

»Lo primero está ya conseguido, pues ya dió  
»palabra de presentarse aquí tan luego como se  
»le avise que V. llegó á Tatuár; la del envío del  
»dinero está aun sin cumplir; y aunque por mí  
»no quedará el recordárselo y se lo recordé: ún  
»el día último á su hijo moro cuando estovo  
»aquí, que por cierto no ha vuelto más... ¿qué  
»quiere usted? Son personas que se acostum-  
»braron á las cosas de los moros, que dan  
»buenas palabras y son reacios en las obras; es  
»decir: que no se «puran mucho».

La conducta de R. Imundo Bergas es bien ex-  
traña. Las cartas de sus hijos le parten el cora-  
zón, (estas son sus palabras) y sin embargo deja  
de contestarlas y aun se muestra el parecer ol-  
vidadizo é indiferente meses y más meses, hasta  
dos ó tres años, sin inquirir noticias de sus hi-  
jos ya que sabe le será fácil adquirirlas solo con  
acercarse á la Santa Residencia de los bondado-  
sos misioneros.

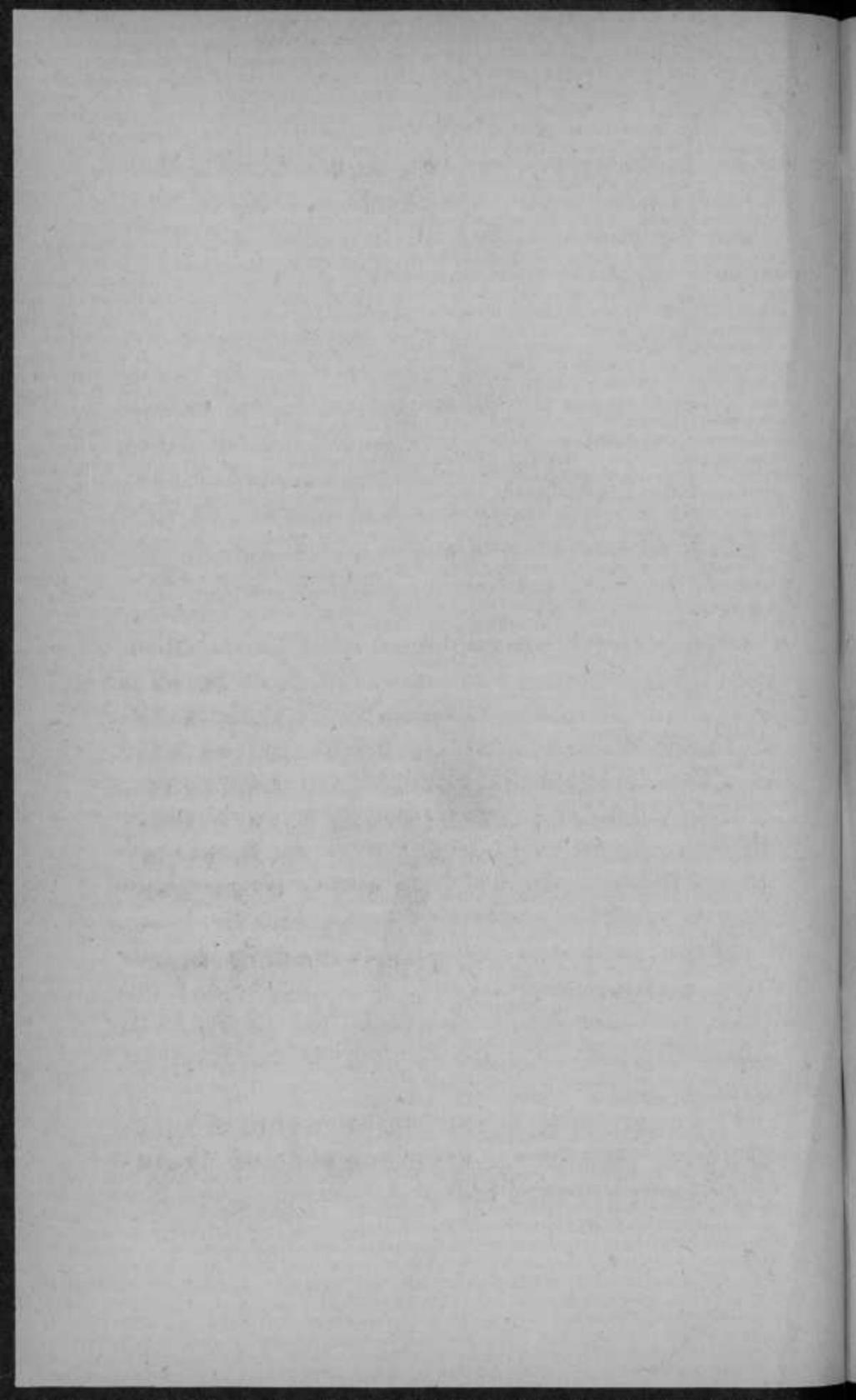
Estos saben de él que está bueno, que trabaja  
en las cabillas más cercanas y que cuando esto  
no cultiva sus propiedades.

El mismo hace saber en una de sus cartas que  
nada le falta. Posee algunas tierras y además es  
llamado de otras cabillas para que diéj: buen  
número de obras. Posible es que la guerra haya  
arrasado sus miembros; acaso no hayan vuelto á  
emprender obra alguna en muchas leguas á la

redonda. Hasta pudiera ocurrir que fuese mirado con recelo por los angherinos, si éstos han llegado á sospechar que : úa conserva con fervor sus sentimientos cristianos y el recuerdo amoroso de la patria...

Todo ello, sin embargo, se contradice con las afirmaciones del P. Ramos en su carta de 1910; en ella advierte el misionero al hijo del moro manchego que no se preocupe aún cuando oiga decir que hay guerra en Marruecos, pues la revuelta no ha llegado á la extensa zona de Tetuán. Y así es la verdad, pues en Tetuán hubo paz hasta que en 1912 se le antojó á un Gobierno liberal que lo ocuparan nuestras tropas.

Raimundo Berges vive entre los hijos del Mogreb bastante más de un cuarto de siglo. Ha ahí la explicación de su conducta. Tiene apego á la tierra africana; cuando llegó á los campos ásperos de las cabilas montañosas, áspero como aquellos campos era él; su inteligencia y su educación iban en bruto como el tejido de la parda chilaba que sustituyera á los viejos trapos que llevó de estas otras tierras, acusadores de la—entre los bárbaros marroquíes—odiada y combatida civilización.



## JORNADA SÉPTIMA

*En la que se hace mención de los buenos servicios que Raimundo Berges ha prestado á la patria*

El hijo del moro manchego lamenta su pobreza; le han dicho que con poco dinero se puede ir á Tetuán; sabe que allí le sería fácil abrazar al autor de sus días; teme, pensando en su edad avanzada, que un día, el menos esperado tal vez, una de estas cartas tan deseadas, en cuyo sobre estamparon un sello de Africa, llegue á sus manos orlada de luto, con la infausta é irreparable nueva de su desgracia...

Siente ahogos en el pecho, y se le arrasan los ojos, y eleva juntas las manos por sobre su frente ensombrecida...; pero sus labios no tienen ni una sola frase de reproche por la incumplida promesa del padre.

Los nuestros sí; nosotros hemos roto el silencio, poco respetuosos acaso con el dolor de Angel Berges y hemos dicho:

—Ustedes no ven á su padre porque él no quiere. Un día el recuerdo de su vida pasada, vida de hombre honrado, aviva en el fondo de su pecho el rescoldo del primer amor; su mujer de España, el hogar que á fuerza de tantos sacrificios lograra en sus años de juventud; sus hijos, amados retoños que más nos encadenan cuanto más libres somos... El P. Ramos irá leyendo al viejo moro la carta que le hablaba de todos esos grandes afectos, lentamente, lentamente, con la tierna entonación que á tales lecturas solo ellos saben dar. Mientras, por la imaginación del sutor de sus días desfilan como en cinta cinematográfica los días de la infancia, el cielo azul, incunfundible de la Mancha; su sol fuerte, de incendio, que tuesta la mies y abrasa las entrañas de la tierra, roja como la sangre coagulada, de las llanuras del glorioso sol; el primer palique con la que luego fué su mujer y madre de sus hijos, como Dios manda, como sus padres y sus abuelos habíaule enseñado; el primer beso del primer hijo, placer insuperable que hace temblar de emoción, adentrándose la caricia en el espíritu...

Cuando el desfile de los recuerdos gratos tocara á su término, el hoy moro sentiría como si se le ensombreciese la conciencia por un nuevo desfile de cosas que no quisiera recordar: la participación en el hecho que le llevó al presidio; su fuga á tierras extrañas, burlando la ley de su país, rebelándose contra lo estatuido, de-

jando en el más cruel de los abandonos á la compañera de su vida, á sus hijos, que se tendrían por huérfanos, tiernos seres indefensos á quienes el vulgo señalaría con el baldón que solo á su padre, porque delinquiró, en justicia alcanza.

Unos instantes se le sobrecojería el corazón, arrugado como una esponja seca, hasta que de él brotaran las lágrimas. Sentiría en él todo el peso de la conciencia, y tocado por el arrepentimiento rescrió la idea de remediar los males de antaño. Fué entonces cuando les ofreció en su carta cien duros para que llegaran á él sus hijos, por los que un padre—palabras suyas—, es capaz de todo sacrificio. En aquellos instantes revive el sentimiento cristiano en el viejo moro de Malagón; las cenizas de los afectos de su vida pasada, son aventados por las sanas doctrinas que de sus antecesores aprendió, y del rescoldo conservado al abrigo de ellas surge un chispezo de pasión. Fugaz todo, no obstante, como la luz de los relámpagos. Apenas vuelto de espaldas á quien de la patria supo hablarle; tan pronto como diera frente á tierras de moros, el arrepentimiento se extinguió; fué su resplandor como el que produce el sol en el ocaso, sobre el agua cristalina de un lago; menos aun: como el reflejo de unos balcones que en el lugar flamean...

Raimundo Berges,—seguimos hablando á este hijo suyo manchego que casó en Malagón—no siente amor alguno por su patria; su chilaba y su cuerpo vienen á ser una misma cosa; como si

digéramos el complemento de su persona la chilaba, y viceversa. El cerro del Garugú, las lomas de Taxdirt, y los repechos de Laución son como su carácter haraño y hoseo, cuasi inaccesible para sus propios hijos. Las chozas del aduar, de origen primitivo, con las chumberas que las circundan, vienen á ser como su conciencia roma llena de erizos.

Lo que retiene en Africa á Raimundo Berges, no es el amor de su mujer mora; es el afecto que siente por la raza brava y montaraz, enemiga de la civilización, rebelde á toda ley, mal avenida con las ingerencias extrañas pero no menos con las de las autoridades de su propio reino; le retiene la inferioridad intelectual de los marroquíes, la brutalidad de sus costumbres; su pereza habitual; la obediencia ciega, como de esclavos, de sus mujeres; la voluptuosidad de sus fiestas y de sus danzas; su socarronería y su doblez... Sus engaños y sus traiciones...

Angel Berges alza sus ojos, arrasados por las lágrimas, y mirándonos fijamente con energía exclama:

—Eso, no. Mi padre ha prestado á España señalados servicios. El general Alfau puede dar fe del valor de sus confianzas.

—¿Usted entiende de estas cosas?—le preguntamos.

—Sé lo que son, porque cuando de ello me habló el padre misionero en sus cartas procuré enterarme. Mi padre, al principio de la guerra

de las cabillas cercanas á Tetuán, estuvo al servicio de España algún tiempo. Bien que quise yo que nos aprovecháramos de ello en favor de mi hijo.

—¿El cabo de eszadores que sirve en el ejército de la zona de Tetuán?

—Sí, señor; entonces mi hijo se hallaba en Madrid y yo quise que le escribiera al general para que le ascendiesen. Pero mi hijo es así, que no le escribió. Quizás hubiera hecho su suerte! ¿No les parece á ustedes?

—Quien sabe. Si el general estaba agradecido á los buenos servicios de su padre...

—Vean la carta donde se habla de eso, señor. A principios de este año debió ser.

Hemos examinado unas cartas hasta dar con la que deseáramos.

Está fechada en Tetuán el 11 de Abril de 1913 y en unos de sus párrafos dice así:

«Su padre vive todavía y viene á esta ciudad casi todos los días. Es confidente del general Alfau, á quien viene á darle noticias de lo que pasa en su cabilla—la de Arghera según averiguamos después—; para siempre en casa de don Manuel Ortiz.»

Luego añade, refiriéndose también al hijo moro:

«Si Vd. viene á Tetuán es fácil ver á los dos; y puede usted parar en casa del Sr. Ortiz que también admite huéspedes y allí se encontrarán. Si Vd. viniese y pudiera llevar á su padre

¿y hermano á Malagón, job, qué buena obra haría? Pero creo que será difícil porque quiere mucho á su mujer mora.

Los misioneros lo han dicho y será verdad: Raimundo Berges fué confidente del general Alfau. ¿Qué valor tuvieron para España sus conferencias? Lo ignoremos; es este uno de los más sagrados secretos de la guerra, que de fijo no habrá revelado el general ni á sus ayudantes quizás. El éxito de tal acción, el escaso fruto de cual otras, consecuencias de las confianzas del moro de Malagón pudieron ser. Tal vez el avance sobre Luclen...

Berges fué confidente; ya no lo es. ¿Porque sus servicios carecieron de todo mérito? ¿Porque sufrió equivocaciones tal vez? ¿Porque renunció él mismo á seguir prestando tan peligroso servicio?

Ya se dijo: son secretos de la guerra, quizás no revelados á nadie.

Angel Berges ninguna luz puede darnos acerca de tales extremos. Solo sabe que su padre fué confidente del general Alfau. Lo que le valieron sus confianzas, si algo le valieron también lo ignora. Ignoraría su paradero si él no hubiese tratado de averiguarlo por mediación de los beneméritos misioneros.

—Mi padre—dice Angel Berges—recuerdo que tenía un carácter raro, reservón y adusto. Rara vez se franqueaba con las personas de su afecto. Hasta con mi madre tuvo reservas. Era uno de

esos hombres que difícilmente nos manifiestan lo que piensan y menos lo que sienten. No achaquen ustedes su conducta á desafección; es consecuencia de esas otras cosas que yo les digo.

Asentimos, con una ligera inclinación, para no desalentar á este buen muchacho que al cabo de los años de tenerse por huérfano aún conserva cariño bastante para disculpar el indisculpable proceder de su padre.

Y pensamos:

¿Que fenómenos psicológicos son los de este hombre, si es cierto que no carece de entrañas, si es verdad que aun se le estremece el espíritu y le golpea el corazón cuando alguien le nombra sus hijos, en tanto que ni por ellos procura ni aún parece que los recuerda si se aparta de quien de tales afectos suele hablarle? ¿Es que apegado á las bárbaras costumbres marroquíes, entregado su corazón al extraño cariño de las gentes del Mcghrab, necesita que un dominador de voluntades ó un educador de sentimientos sacuda su inercia, le zarandee y le llame hasta lograr que la conciencia despierte, vertiendo en su oído el glorioso y siempre bendecido nombre de la patria; grabando en sus retinas la imagen de los hijos; golpeando su cerebro con el índice del pasado?

Raimundo Berges no ha explicado su silencio de tantos años, no ha tratado de disculpar, ya que justificar no le fuera posible, su conducta.

De buen grado perdonaríamos, no obstante,

todas sus culpas; sus barbas blancas, de santón moro; su frente surcada por las arrugas, que mucho hacen pensar en una vida de sufrimientos; su aspecto venerable, que así es el suyo; el peso de sus años, que le obligan á inclinar el cuerpo hacia la tierra; la idea, de que tal vez sea cierto que aun en su alma alienta la fé; su propia vida accidentada, tragi-cómica, nos hacen ser piadosos y hasta nos predispone en su favor.

Lo creemos redimido de sus despegos con la patria, si es cierto que leal y desinteresadamente la sirvió. Sus confidencias, poniendo en autos al caudillo ilustre, de cuanto tramaban los angarineros contra la soberanía de España, son la tabla salvadora que lo lleva á puerto de salvación.

Angel Berges, su hijo, le perdona el ayer doloroso; las ingraticudes y los olvidos crueles, la indignidad del abandono... Lloro Angel Berges; y sus lágrimas acaso rediman al padre: porque son vertidas por él.

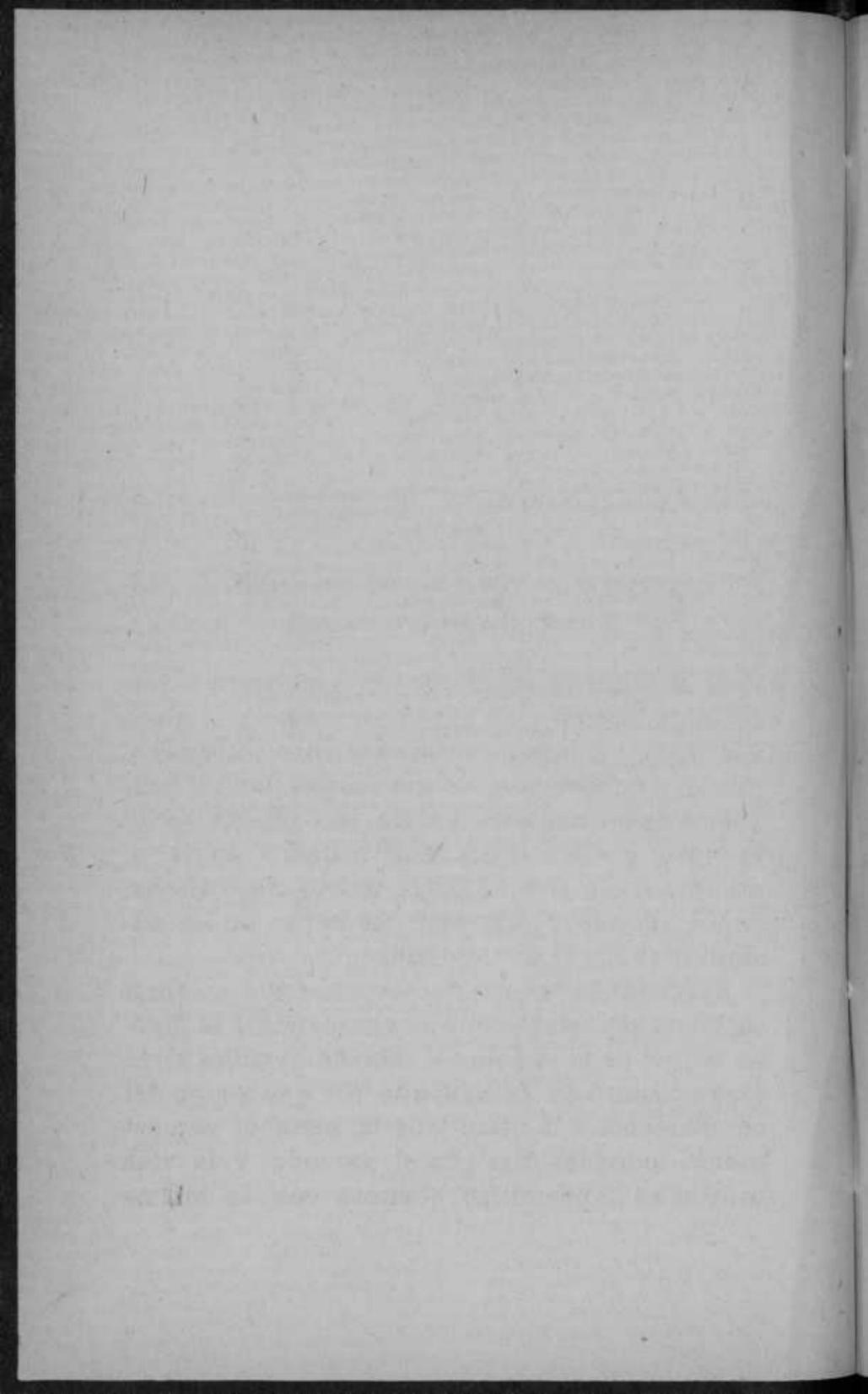
—Nuestras cartas—exclamó,—le hacen mucho bien; luego nos quiere. Lo que pensaban los moros de su cabila, todos los días iba á contarle al general; luego ama á su patria.

Noble optimismo es el suyo, que consuela y conforta los espíritus. El ambiente en este hogar humilde y silencioso, cálido y hospitalario de Angel Berges, es sano y regenerador.



CUADROS MARROQUÍES

En el aduar



## JORNADA OCTAVA

*En la que se dice cómo fué el encuentro de Raimundo Berges con su nieto.*

El batallón de cazadores de Arapiles fué destinado á Tetuán y en sus filas marchó el nieto del moro manchego, hijo de Angel Berges el labriego de Malagón. Felipe Berges llevó el propósito de buscar á su abuelo tan pronto como le fuese posible. Para ello procuró anotar el nombre de D. Manuel Ortiz, dueño del Café Español, adonde según rezan las cartas de los misioneros solía ir el viejo moro.

Acariciando la idea de sorprenderle y abrazarle, en el instante que su compatriota le dijese «¿quél es tu abuelo?» el cabo de Arapiles vivió algún tiempo en Tetuán, que voy que vengo del campamento á la plaza y de la plaza al campamento todos los días que el servicio y la vida militar se lo permitían, siempre con la misma

esperanza, con idéntica ilusión, á la ida; con igual desencanto siempre á la hora del retorno. El moro manchego pasábase las semanas y los meses sin ir por Tetuán. En el café Español escuchaba su nieto una y otra vez la desconsoladora noticia: «No viene.» O bien esta otra: «Vino ayer cuando el batallón estuvo en las lomas próximas.»

Ya no era confidente su abuelo. Esto sí lo sabía él, y por eso su temor crecía, crecía, en progresión constante. Si no prestaba ese servicio, ¿á qué venir á la plaza? Y de venir, ¿lo hacía con el beneplácito de sus compañeros, los moros angharinos, en guerra con España? Y si le otorgaban tal beneplácito, ¿por qué su otorgamiento? Aunque poco ilustrado el nieto del moro de Malagón, no dejaba de comprender que algún peligro se ocultaba en todos esos extremos. En la plaza no era considerado Raimundo Berges como confidente, pero sí como amigo de nuestras tropas. Pues necesariamente habían de considerarlo desde el punto de vista contrario los moros de Anghera. O no hay lógica en el mundo. ¿Sería quizás que él supiese darse traza para engañar con las zalemas moras á los moros verdad? Ello prestábase á muy graves contratiempos, probablemente á un funesto desenlace. Y por eso en el corazón de Felipe Berges el temor crecía, crecía...

---

Fecha feliz, que no olvidará nunca, fué para él la del día de los Sagrados Corazones. Como otras veces que estuvo libre de todo servicio, animoso, desafiando la brasa del sol africano, ese día de Junio salió del campamento para Tetuán. Sentía en su alma á modo de un presentimiento extraño, algo que le anunciaba las buenas nuevas que tantos días anheló.

El optimismo le asomaría á los ojos y á los labios, como si le rebrincara en ellos en una sonrisa ó una caricia. Con simpatía vió cómo cruzaban junto á él unos moros amigos. Sin rencor vislumbró á lo lejos las armas enemigas... Un hebreo salióle al paso á ofrecerle postales de España. Luego un viejo compatriota quiso que le mercara una historia de moros...

Saltaba de gozo; imaginábase la alegría que experimentaría su abuelo, cuando le viera tan marcial. El le estrecharía sobre su corazón, como si toda la vida se hubiese comportado con él y con sus padres según Dios manda. Después, ya en el campamento, cuando saliera la luna escribiría al autor de sus días notificándole que había encontrado á su padre. ¡Cuántas cosas! «Mi abuelo—iba pensando el mozo—es de esta manera y de esotro modo, y piensa así y siente así.» Una carta muy larga, muy larga... ¡Cuanto placer, el del autor de sus días, allá en Malagón, ante los rengloncitos temblorosos, como escritos al aire libre, sobre la hinchada mochila de campaña!

¿Recordais aquellos sabrosísimos versos de la zarzuela baturra?

«A la falda de un cerro  
y á orillas de un río...»

En la guerra todas las cartas se escriben con la misma incomodidad; pero con idéntico amor. Siente placer el que las lee y tanto ó más quien las escribe. Porque no son cartas de cortesía, de esas que llamamos de puro cumplido; las cartas de los soldados son mensajeras de los más puros afectos; van de corazón á corazón.

Felipe Berges, ya próximo á Totuán, sentía como si el suyo fuera á salirse del pecho; el día en que por vez primera entró en fuego, teniendo enfrente un enemigo bárbaro, no fué tan intensa la emoción. No acertaría á saludar á su abuelo si lo hallaba.

Procuró serenarse, ya á las puertas de la ciudad. De una ojeada revistó sus ropas; en su puesto los galones de cabo; tersa y limpia la tirilla de esuchú; las polainas con la botonadura completa; recién lavado el aireso uniforme... El abuelo quedaría admirado de su gallardo porte militar. Marchaba abstraído, ensimismado, con todo su ser en la única idea que tanto tiempo acarició; no se daba cuenta de los saludos que sus compañeros de armas le dirigían al pasar.

Llegó al Café Español. El día antes su dueño y compatriota nuestro D. Manuel Ortiz, le había mandado á decir: «Mañana, según noticias que acaba de darme un moro amigo, vendrá el abue-

lo de usted á Tetuán; siempre que viene se pasa por aquí, donde descansa un rato.» Desde la puerta, el cabo de Arapiles dominó, con una mirada rápida toda la escena. En un rincón, al cual apenas llegaba la luz, se rebullían sobre unos asientos, junto á un velador, unas pardas chilabas. Un poco más lejos, también como si trataran de resguardarse de las sombras otro grupo de moros. Y en sitios distintos, bullicio-son, alegres, charlataner, hasta medio centenar de soldados.

La atmósfera podía mascarse de tan espesa; irrespirable, denunciando el ambiente de café. El humo del tabaco borraba las personas y las cosas, envolviéndolas en una nube densa y asfixiante. Quien no fuese fumador fumaba también, más que la pesare; fumaría aspirando el vaho pastoso, poco menos que nauseabundo, por otros arrojado; otros quien sabe si enfermos crónicos, tísicos quizá á punto de morir.

El cuadro, á no estar allí los moros, recordaría á nuestros compatriotas los cafés de España; estos cafés de la holgazanería y el vicio, en los cuales el noventa por ciento de los españoles se pasan la mayor parte de su vida en cómoda postura los unos, entregado su espíritu y su sistema nervioso á los estragos de la emoción que produce el juego los otros, envenenándose y en renuncia cobarde todos ellos...

El hijo de Angel Berges se acercó anhelante al dueño del café, interrogándole:

—¿Ha venido mi abuelo?

—Todavía no,—le respondió—; pero vendrá; está en la plaza.

El nieto del moro manchego fué á ocupar un hueco, cerca de un velador, con unos camaradas. Se hablaba allí de las novias españolas. Una había enviado á su novio un escapulario del Carmen, bordado por ella; otra al suyo una medalla de San José; una tercera una virgencita del Pilar, de plata. Todas en sus cartas, alternando con las frases de amor llanas y pudorosas, al uso de las mujeres de estos pueblos cristianos de nuestra España, les recomendaban la misma cosa: «Ponte al cuello ese escapulario, esa medalla, esa virgencita, que te librará de las balas enemigas en los momentos de peligro.»

¡Y con qué fervor habían obedecido los mozos españoles, castellanos ó aragoneses, los de cualquiera otra región, ellos tan bravos en la guerra! Ni uno solo dejó de mostrar la reliquia sobre el noble pecho.

Callaron los soldaditos al enterarse de lo que les digiera el nieto del moro de Malagón. Se interesaron en la historia aventurera y audaz de Raimundo Bergas. Acariciaron la idea de ser testigos del interesante próximo encuentro.

Les serían servidas unas copas, vaciándolas de una botella que acaso ostentase marca española; tal vez la de Balmaseda de Malagón, el fabricante de los anisados famosos. Y más se avivó la conversación, entrando en ella aun los que

estuvieran antes más retraídos, quien sabe si pensando en sus viejos;—los benditos viejos que en el lugar quedaron tristes y desvalidos, sin el apoyo del hijo, único amparo de su ancianidad achacosa...

De unas tertulias se corrió á otras la noticia; llegó á ser uno mismo el tema de la charla de todos; hasta la de los moros que hicieron rancho aparte, en el fondo ensombrecido del café. Centenares de miradas asietaron al cabo de cazadores manchego. «Aquél—dirían señalándole—aguarda la llegada de un viejo moro de barbas blancas, que es su abuelo».

El cuerpo de Felipe Berges, recortado por la losa de marmol del velador, avanzaría de vez en cuando, fijos los ojos, medio entornados, en la entrada de la amplia sala del café, queriendo adivinar en las sombras que al frente se proyectasen la silueta encorvada de su abatido abuelo. La llegada de cada parroquiano indígena sería motivo para que se alborotase el concurso, de suyo vehemente y jovial. Después otra vez el silencio y la repeticion de la curiosa historia, al recién llegado, por el más locuaz.

El riplo, el chiste, el cuento y el retrúcano contendrían un buen rato la impaciencia, hasta que el ingenio se agotara ó se eclipsase en un paréntesis de fatiga. Todas las hazañas individuales, todos los episodios épicos de la guerra saldrían á colación, no tanto por hacer gala

del valor y de la temeridad de los protagonistas cuanto por el deseo de «ir matando el tiempo» mientras el abuelo del cabo de Arapiles apareciese en el umbral.

Abrumador y monótono, más sonoro y transparente haríase, al correr de las horas, el tic-tac del ya mohoso y carcomido reloj de pared.

Algunas veces la cháchara alegre y banal de los soldaditos sería cortada, quedando entreabiertos los labios y en ellos pendiente la frase frívola, pícaro ó corruscante, por algún cañonazo, cuyo estampido, llegando hasta el apacible lugar, iba á recordarles la razón de su estancia en tierras de Africa.

La impresión aletearía no más unos instantes por sobre las frentes españolas, volviendo presto á reflejarse en ellas la brava y noble serenidad de la raza conquistadora é hidalgo.

—Una «almendra» para los mosquitos de Anghera—exclamó tal vez uno de los nuestros.

O bien:

—¿A cuantos habrá arañado la «chinita»?

Al acabar una de las breves pausas, ocasionadas por el trueno de la metralla, uno de los indígenas, harto de aguardiente, habló del argharino Berge.

—¿Tú le conoces?—le interrumpió el cabo de Malagón.

Afirmativa fué la respuesta del moro, y además explícita. No dió paz á su lengua entrapajosa en un valiente rato.

Lo que hablase entonces no lo hemos de contar en este capítulo. Ello es de tanto interés que bien mereca lugar aparte; se trata... de la historia del expresidario, desde el punto y hora en que decidió hacerse moro.

Nos toca ahora referir el encuentro de éste con su nieto; acaeció cuando el cabileño borracho tenía en derredor suyo un tan lucido como numeroso concurso, pendiente de las verdades ó mentiras que digesen sus labios.

La voz de Ortiz, el dueño del café Español, interrumpió al narrador y dijo á unos moros que llegaban:

— Adelante, que todavía queda un hueco para los amigos de España.

— Ese es Berges—gritó el borracho.

Los ojos del viejo manchego, ojos felinos, retadores, dirigiéronse hacia el rincón de donde había partido su nombre, encontrándose con otros ojos, que hablaban de ansiedad y ternura; los de su nieto. Ambos pusieronse en pie. Así unos instantes, dubitativo el viejo moro, indeciso el joven militar hasta que la voz de Ortiz imperativa y enérgica los juntó.

La parda chilaba y el honroso uniforme de cazador confundiéronse en un abrazo; las lágrimas del abuelo bañaron el rostro del nieto y las del nieto el del abuelo. El corazón de uno y otro palpitó sobre el noble pecho que le crecía amor, descanso y paz.

Fué un momento de emoción intensa, aquel

del encuentro. Los protagonistas confundidos, en apretado grupo, formando sus brazos amorosa cadens; silenciosos, acongojados, renunciando á expresar lo que hubieran pensado, porque así lo ordenaba el corazón; todo su ser hecho sentimiento, paralizado el cerebro incapacitado para pensar; ni reconvenclones ni frases de carifio; ¡para qué, si en las lágrimas y en el abrazo iba todo! Valían media vida...

Nadie osó quebrantar el augusto silencio del anhelado instante; todos gozaron de la emoción; acaso no lloraran solos el nieto y el abuelo.

En las copas se escancieron otras botellas y de nuevo cundió la alegría de uno á otro extremo del Café Español.

¡Que lejos de su pueblo, el abuelo! ¡Que fuera de su época! Las distancias desde las tierras de Africa á las llanuras de Castilla se salvarían presto; ¡pero como borrar con solo la voluntad, ni en una jornada, la acción del tiempo? El abuelo se alejó de los suyos, no procuró por ellos, fué otro su vivir cerca de los cuarenta años; se le entorpeció la memoria y quizás el entendimiento también. Bajo otros cielos, entre otras gentes, al hallarse hoy ante una generación nueva se siente extraño, advenedizo, como trasplantado á un campo estéril...

Todas las respuestas del nieto habían sido negativas. Ni tía Doxidaria, ni Colás el de «Periquin», ni Juanón «el malo», ni la Eustaquia la del tío «Pela gatos», platicarían ya con él aun-

que volviese al viejo solar. Todos bajo tierra. Aquél condenado de «Chupa aceite», el más marrullero de los jugadores de «truque» muerto también. Y la lagartona de su hermana también pudriendo tierra... ¡A que entonces volver! Para él su patria sería la patria ajena, su pueblo el extraño lugar; mas que los amase con toda el alma. ¿Quién quita que el ambiente había de resultarle hostil, por el vacío que notase y el frío que en el espíritu se le adentrara?

Sus hijos sí, y sus nietos y sus biznietos también; todos en rivalidad amorosa estrechándole, agobiándole con su cariño. Acaso su vida llegase á ser regalada y feliz. ¡Para lo que habrá de vivir! Ya apenas puede con la carga de los años. Por eso también quiere vivir en paz en sus tierras de África.

Vosotros, los que habéis conocido á los abuelos, ya sabéis cuánta es la magnitud de su cariño; el más grande después del de los padres.

El viejo Berges pondría en sus palabras toda la ternura de que fuese capaz. Cuando hablase, lo haría estrechando entre las suyas las manos del nieto; ó bien descansándolas sobre sus hombros, muy próximos sus rostros, fijos los ojos ya cansados en las pupilas relampagueantes... Alguna vez lo retiraría el viejo un poco de sí, para recrearse en él mejor, haciendo aprecio minucioso de su porte marcial, de la tersura de su frente, del noble gesto varonil. Entonces el nieto, con el alma en los labios insistiría más y

más en el retorno á la patria, á su pueblo de Malagón enlavado en un campo feraz, espléndido, envidia de los otros habitantes de los pueblos de la llanura... De nuevo añoraría el viejo los tiempos idos; aquellos felices días de su mocedad, cuando era requerido por las mozas del lugar para que en un patio manchego, á todo pulmón cantase la incomparable, patriótica jota baturra. Era él en aquellas fechas joven y fuerte, un mozo garrido medio aragonés medio manchego, tan capaz de enamorar á la más guapa moza como de derribar de un puñetazo á quien pretendiera ser su rival.

Tales recuerdos avivarían su mirada; robustecería, siquiera de un modo pasajero, su espíritu; y así, irguiéndose sin darse cuenta, entraría en ganas de palique y alzando la voz mentaría á la Isabelica de Andrés, morena, juncal, limpia y olorosa como las manzanicas de Malagón, que en sus buenos tiempos hizo andar de cabeza á todos los mozos del lugar, hasta el punto de que se dieron de palos unos á otros no pocas noches, en horas de ronda, y de navajadas en cierta ocasión. Bien cara le costó á él la trifulca; contra la esquina de la calle Real fué á romperse su vihuela, una de las mejor entonadas de cuantas hayan salido de manos del maestro Arias.

El nieto no caería en la cuenta de quien pudiera ser la tal moza, motivo de tantas penden-  
-ias.

Y allí del recuerdo, y de la cita, y del esfuerzo que tuviera que hacer la memoria del viejo.

—¡No has de saber hombre!—diría, como reconvinéndo su torpeza—; Isabelica la de Andrés; era... ¡Cómo te diré yo! ¿Tú conociste á Juanón, uno que estuvo con los faciosos, hermano de la Desideria la que iba á rezar á las casas de los difuntos?

Afirmativamente respondería el cabo de Arapias por contentar á su abuelo, que decaído de ánimo otra vez, posible es que exclamase:

—¡Aquellos eran otros tiempos! Si ahora volvíese yo por allí, ya apenas encontraría restos de mi época. Algun que otro vejete desmemoriado, alguna pobrecita carcamal... ¡Vaya: que no puede ser; quien piensa en eso! Las gentes del tiempo de tu padre, no pueden apenas recordarme porque todos los que ya casi son viejos eran cuando yo me marché del pueblo unos mocosetes. De tus amigos no quiero decir. Para ellos iba á ser yo un bicho raro; irían á verme como si te hubieras llevado de estas tierras un mono. ¿No has oído decir muchas veces á Tetuán á por monas?...»

A todo esto, interrupción va é interrupción viene. El hijo moro, un hombre hecho y derecho con 25 años áuestas, querría que le explicaran todo aquel palique del abuelo y el nieto. Curioso y de espíritu un poco infantil como todos los de su raza mora, el hijo moro de Raimundo Berges quisiera conocer las cosas de España, sus herma-

ños y sus sobrinos de España, el pueblo de su padre.

Al fin, obligaciones sagradas los separaron: el bravo mozo partió á incorporarse al campamento; el moro de Malagón abandonó la ciudad tetuaní para tornar de nuevo con los suyos, con su mujer mora, al otro lado de la sierra áspera, en la brava cabila montaraz. Con él ibase su hijo moro, tío del cabo de Cazadores, brote de la otra familia creada en tierras de Africa, al abrigo del aduar, fruto de la que pudiéramos llamar su segunda vida, sazosa y aventurera; interesante á la vez que vulgar.

Su nieto, el hijo del otro hijo, el de la familia de España quedaba allí al servicio de la patria, frente á cuya soberanía alzáronse en armas los moros de Anghera; angherino es el hijo moro, y la mujer mora y él casi también... Arrastrado por éstos afectos partiría de Tatuán, atormentado tal vez por el otro deber que poco antes acabara de llamarle en la conciencia, adormecida tantos años...; ó quizás, resuelto á no partir en dos su cariño, fiel á su mujer marroquí, á las prácticas moras, bajo las que se cobijó en otros tiempos...

Felipe Berges seguiría con la vista hasta lejos los pasos de su abuso; veríalo caminar encorvado, como afligido, apoyada su diestra en el musculoso brazo del hijo moro... Y cuando ya los viera llegar el desfiladero de la montaña á cuyo otro lado vivaquean los enemigos de su

patria, la idea trágica quizás cruzase por su mente: ¿Messians, esotro día, á quien irían á herir sus balas...?

---

Volvió melancólico al campamento. Un centinela le dió el alto y al preguntarle «¿quién vive?» el cabo de eszadores respondió con varonil acento «¡Español!», un ESPAÑA cálido, intenso, como si saliera del corazón, sólo comparable en su intensidad á cuando los labios dicen ¡MADRE! Y es que en aquel instante Felipe Berges pensaría quizás, ya perdido de vista el abuelo, en los autores de sus días; y al recordar á la santa mujer que le llevó en las entrañas, sabiéndola muerta pensó en la patria, porque en su suelo bendecido, en tierras de Castilla, están descansando sus restos...

El nombre de España para él lo era todo. Su familia de hoy y la familia futura. Su bandera, su religión, su propia vida. ¡Qué no sería capaz de hacer por la patria, siendo español y además soldado! En el horizonte lejano por donde trasponía el sol, aquel sol de Africa en cuyo ocaso es como una asena inmensa que abrasara por igual cielo y tierra en un beso trágico, perdido entre la vegetación salvaje y espléndida de los cerros, se halla escondido el aduar de su abuelo.

Allí los enemigos de España, ocultándose, agazapados unas veces al amparo de las peñas; trepando otras como las alimañas, confundido el

color pardo y suelo de sus vestiduras con las jorobas de la sierra. En el llano, como lanzando un reto el campamento de los bravos cazadores, los regimientos gloriosos cuyas banderas ostentan mil girones gloriosos también, repletas de héroes las filas de sus batallones...

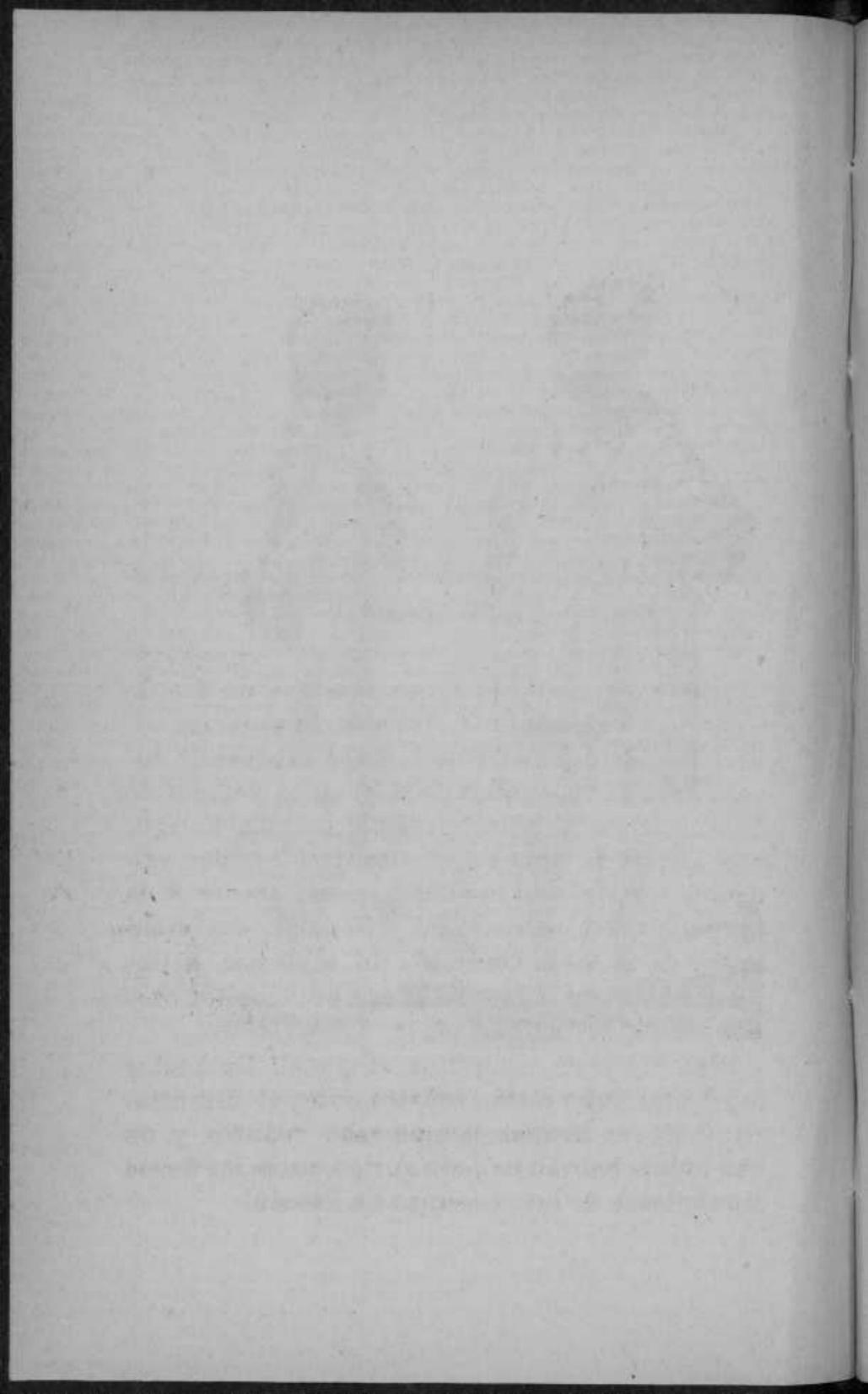
Poco antes, al encuentro con el abuelo, padre de su padre, su alma sería acariciada por puros ideales fraternos, de amor y de paz. Un instante, acaso llegó á mirar con fría indiferencia los galones rojos de su guerrera de cazador. Todo pasó presto. Ya en el campamento, junto á su tienda de campaña, oyendo á los compañeros el himno del batallón, ó bien escuchando el pasodoble bélico á la charge, Felipe Berges se sentiría otro: español y creyente frente al moro; soldado frente al enemigo de la patria.

¿A quién irían mañana, esotro día, á herir sus balas? ¡Bah! El fusil, en sus manos, era España.

---



CUADROS MARROQUÍES  
Muchachos kabileños



## JORNADA NOVENA

*En la que se siguen varias interesantes aventuras  
del moro manchego*

El moro borracho que antes del encuentro del abuelo con el nieto mentáramos, no era tal moro si no español y ex presidiario por más señas. El presidio de Ceuta fué una especie de incubadora de renegados. Los campos feraces de Tetuán, eran para los presidiarios un halago, una caricia de libertad, una tentación. Poco valdría la fortaleza de la ciudad penal frente á la influencia del sol, de la luz y del aire, del cielo azul y de la tierra fecunda. En el penal la inflexibilidad de la ley; en el campo, amplios horizontes, vida de libertad...

Bien hicieron en quitar el penal. De malos españoles hubo claras señales entre el filibusterismo de las antillas. ¡Quién sabe cuántos y de qué índole habrán hallado abrigo entre los fieros montañeses de las cercanías de Tetuán!

El moro borracho era español, y en la cabilla de Anghera tenía y quizás siga teniendo, su hogar. De ahí que conociese la historia de Raimundo Berges, aunque las gentes de por allá le llamen Mehomed ó cualquiera otra cosa.

—«Cuando Berges se decidió á ser moro,— comienza la narración del borracho—, lo primero que hizo fué comprar una chllaba, un jaíque y unas babuchas. No se olvidó de ocultar en su faltriquera una buena navaja de Albacete, que para eso es manchego, y un pistolón del quince, con su correspondiente caja de confites, por lo que pudiera tronar.»

—¿Qué es eso de confites?—preguntaría un ignorante.

Los otros, en número de quince ó veinte se burlarían del ingénuo.

Chocaron unas copas en el mostrador del café Español; fuera redoblaron unos tambores y rasgaron el silencio unas cornetas.

Continuaría el ébrio, cuando acabara de encender un puñado de tabaco, en una enorme pipa.

—Eso, amigo cristiano, en tu tierra suelen ser balas...

De un sorbo vaciaría la copa de aguardiente, haciendo chocar después la lengua en el paladar.

Más se estrechó el grupo entre las sombras, que ya habían invadido el local adentrándose primero en los rincones, avanzando luego resueltamente, arrastrándose hacia el umbral y

poco á poco ascendiendo [hasta encaramarse á los techos.

Un cronista de la Guerra llegó en aquellos instantes, á tiempo para poner atención. En buena hora para escribir una excelente crónica.

Está en lo posible que alguien tuviera que zurrandear al borracho, para que no rodase bajo la mesa como un leño.

Y gracias á ello prosiguió:

—Berges estuvo á punto de ser una de tantas víctimas de los muchos males que se padecen en España.

La mala vida que le daban en el presidio, cuyo régimen aunque le llamen de corrección es de castigo, le obligaron á «pirarse.» Estuvo en Tetuán; vivió algún tiempo al servicio de un judío, y con él fué luego á Tánger. En poco estuvo que se pudrieran allí sus huesos. Por no recuerdo qué un día se alborotaron los indígenas contra los europeos y los hebreos; los primeros se salvaron trasladándose á todo correr á los consulados; de los segundos apenas quedaron unos cuantos para contarlos. ¡Vaya una degollina!...

El moro hablador hizo una nueva pausa, quedando pensativo como si reconstruyera in mente las sangrientas escenas.

Y prosiguió:

«Yo me hallaba en Tánger con un moro rico á quien servía de intérprete. Era amigo de Berges, y cuando me enteré de los sucesos temí por

«¡; porque algunos estaban en el secreto: sabían que era cristiano.

El asalto al barrio hebreo se hizo á media noche. Toda la ciudad se estremeció, espabillándose el sobresalto y á seguida el terror. Parecía como si estuvieran corriendo la pólvora. En la oscuridad de las calles se veía saltar á los indígenas con teas encendidas, ó bien disparando sus fusiles sobre los huecos de las casas, á la vez que daban gritos ensordecedores como de júbilo ó de triunfo...»

El borracho calló. A'guien le instó á que continuase y pidió en pago otra copa de aguardiente; si no no hablaría. Le fué servida con exceso, vaciando en ella hasta verla rebosar. Inclínose entonces el ex compañero de Barges, doblándose por la cintura, apoyando el pecho sobre el marmol, y así, acercando sus labios ressecos y ardientes á la copa sorbió. Su diestra, vuelta del revés fué á secar la comisura de los labios, que entresabiertos dejarían ver unos dientes renegridos, desportillados y puercos; luego, sin limpiarle, subió hasta los ojos y los restregó casi á puñadas, cuatro ó seis veces. Hizo memoria, rascándose con las uñas, largas y enlutadas de la siniestra el codo, como pretendiendo extraer de allí los recuerdos, y al fin reanudó el relato.

Ardian de impaciencia los oyentes, y ya comenzaba á arañarles la idea de castigar al moro galopín. El cual dijo:

«Desde la terraza de la casa de mi señor, el

tangerino rico, cerca de dos horas estuve presenciando el espectáculo. Confieso que la carne llegó á ponérsame como de gallina, y que en alguna ocasión me chocaron con violencia los dientes. No hacía luna; fué en época de las grandes lluvias. La oscuridad en las calles de la ciudad imperial era tanta como la de boca de lobo, según por allá, en España, suele decirse; negrura en el cielo y en la tierra, de vez en cuando agujersada en sitios distintos por los fogonzos de los disparos, á cuyo resplandor sombras diabólicas proyectábanse en las fachadas de los edificios, y lejos también y en las alturas á medida que el incendio ó el fuego de fusilería ganaban las distancias.

Como la algarabía infernal de los indígenas cesara de raro en raro, un instante no más, hasta mi observatorio llegaban ayes de dolor; también durante una tregua de las descargas, mientras no fué quemada ninguna pólvora, creí percibir el olor de la carne humana chamuscada. Después supe que habían sido asados vivos dos israelitas, los más ricos traficantes de su raza.

La lucha fué brutal; los hebreos se defendieron á la desesperada, parapetados en sus viviendas miserables, con gran ímpetu asaltadas por la morisma. Algunos de los casuchos del apastoso barrio, á cenizas y ruinas quedaron reducidos antes de penetrar en ellos sus asaltantes. Cuando intervinieron las fuerzas del sultán ya la sangre

había corrido en abundancia; no era fácil calcular los destrozos del incendio. Por todas partes miseria y desolación. El saqueo no tuvo límites; cesó en el punto y hora de no haber cosa que mereciera ser robada.

Al finar la noche reinaba en la ciudad un gran silencio. Como el de una plaza dormida después de un sitio de muchos días, ó abandonada luego de padecer los estragos de una peste. Ni un europeo por las calles. De tarde en tarde cruzaba un negrazo de la mehalia del sultán, con la «fusila» colgada del hombro, ó algún moro mendigo que inútilmente pretendía atraer á las gentes con los golpes de su tambor.

Cerca el consulado español, flameando hasta el centro de la calle, un poco inclinado su mástil, la bandera. En él habían hallado cobijo y protección algunos hebreos, que nunca fué desmentida la hidalguía de España, y algunos pocos aventureros sin patria.

Ansiando tener noticias de lo ocurrido mi amo me envió al barrio incendiado. Nunca he temido tanto por mi suerte; pero hice de tripas corazón, y allá fui por no perder el acomodo; mi vida no podía ser más regalada, dicho sea en honor del moro tangerino, y no era cosa de sentar plaza de mendigo ó de jornalero mientras estuviera á mi alcance el momio. Desde que tengo uso de razón no recuerdo que haya corrido por mi frente el sudor, como no fuese en horas de sol ó de digestión.»

—Eso no nos importa—exclamaría algún futuro héros.

Y acaso enfurruñado contestó el moro:

—Pues si no os importa hemos concluído.

Seguiría una ligera discusión. Llenarían otra vez la copa de aguardiente al borracho y de tabaco barato su honda pipa. Y más optimista, con el calor del alcohol en las entrañas, viendo subir la primera enorme bocanada de humo hacia las vigas renegridas, otra vez habló:

«Al principio del lugar de la revuelta montones de ruinas se me aparecían en derredor. Apenas me atrevía á avanzar, temiendo que de un momento á otro de entre los escombros surgiese un hebreo vengador y tomándame por uno de los que habían ocasionado su ruina me rebanase el cuello de un taje. Cautelosamente, y lamentando á gritos lo sucedido, en español, para que si alguna de las muchas víctimas de los sangrientos sucesos me escuchaba viese en mí un amigo, poco á poco iba recorriéndolo todo sin tropiézo ni contratiempo. Lo que ví no es para dicho en unos minutos. Todavía se me anubla la vista y se me levanta el estómago, recordando el cuadro. En informe montón tablas rotas, hierros retorcidos, cascotes y pedazos de vidrios, barro y basura; y entre todo, asomando por sobre todo brazos sueltos, piernas raegadas ó mutiladas, cuerpos con los huesos hundidos...

Un buen rato estuve recorriendo el barrio hebreo sin encontrar alma viviente. En un re-

codo de un estrecho callejón sin salida, de ambiente nauseabundo como el de una ciénaga, tuve la torpeza de tropezar, yendo á caer de bruces sobre el cadáver de un judío. El frío de la muerte me rozó el rostro; luego me besó en las sienes, se me adentró en la sangre y hasta llegué á sentirlo en la médula.

Creí morir de terror. Los ojos del muerto me miraban, dilatadas sus pupilas, como si fueran á salirse de las órbitas. Fueron terribles aquellos instantes. Abrazado al judío me imaginé que sus dientes, desencorajadas las mandíbulas por una mueca de espanto, se hincaban en mis carnes, desgarrándolas. Permanecí inmóvil no sé cuanto tiempo, como si me hubiera muerto también. Recuerdo que las ideas se amontonaban en mi cerebro golpeándole. «Levántate» me decían, y yo quieto, sin obedecer los músculos, quizás en tensión.

Al fin me estremecí y pude enderezarme; se me había manchado de sangre y de fango la ropa. Pensé que en tal estado corría grave riesgo de ser detenido por las soldadesca de la ciudad.

—¿Y no encontrastes á Raimundo Berges?— preguntó uno de los oyentes.

—Lo encontré poco después—respondió el alcoholizado moro.

—¿Cómo?

—Ahora lo diré si nadie me interrumpe.

Restablecido el silencio, prosiguió la interesante narración:

—Me volví á casa del moro rico á cambiar de jaique y á darle cuenta de mi excursión. Le contrarió grandemente lo sucedido, costándome gran trabajo hacerle creer que yo no había cometido fechoría alguna. Preciso fué que le contara lo del abrazo con el muerto, para que no me hiciese prender al ver mis ropas ensangrentadas.

Después, cuando estuvo convencido de que le había dicho la verdad, exclamó:

—Voy á premiar tu servicio con lo que más quieras.

—Sobrada recompensa tengo con tu aprecio —le respondí.

Y replicó sin que continuara la lisonja

—No importa. He dicho que quiero premiar tu servicio.

Hizo señas á un esclavo para que se acercara, y después de darle órdenes al oído el esclavo salió. Al poco aparecía otra vez seguido del hebreo á cuyo servicio estaba Berge; un negociante de primera fuerza; de mucho dinero y de más inteligencia tal vez. Lo mismo traficaba en Tánger que en Argel, que en Tetuán. El hebreo hizo una reverencia ante el personaje moro, el cual indolentemente, y sin abandonar la postura en que se hallaba, recostado el cuerpo sobre un artístico cojín, á lo largo de la rica alfombra, una encima de otra, sus piernas, indicándole una de las almohadas le dijo en perfecto árabe, que yo traducía enseguida:

—Te he salvado, porque no quiero que mi país caiga en desprestigio ante Europa. En los hechos de esta mañana solo han intervenido medio centenar de salvajes, que son la vergüenza de nuestro pueblo. Hoy tomarás conmigo el té, y otros compañeros tuyos también. Además vendrán algunos cónsules. Yo arreglaré todo eso antes de que pasen á mayores ciertas negociaciones.

El moro notable pidió que le llevaran una pipa y después de encenderla no sé cuantas órdenes se puso á dar. Un regimiento de esclavos salieron corriendo como gamos en todas direcciones. Solo uno quedó en la estancia, quemando unas plantas olorosas en un pevetero de plata.

Siguió hablando el moro notable, que andando el tiempo fué ministro del sultán, descañando borrar de la imaginación del hebreo la dolorosa impresión de los sangrientos sucesos; oíó que recitó también un bello poema del cual era autor; y si la memoria no me es infiel, tengo idea de que contó algunas historias de moros, muy interesantes por cierto.

—Al grano, al grano—interrumpieron dos ó tres de los más impacientes.

—El grano — diría refanfuñando el charlatán—, no viene sino á su tiempo. Iba diciendo que el personaje tangerino era un excelente poeta, y esto no debe desagradar á los españoles, tan dados al romanticismo en todas las épocas.>

Se celebró la respuesta, pidiendo á los mozos del Café Español nuevas copas, y hecho el silencio, afable y sonriente ante el obsequio, el moro español prosiguió:

—Pasó el tiempo, como una hora ó más, y comenzaron á llegar invitados. Cuando todavía se aguardaban algunos llegó el portador de una carta, en cuyo sobre resaltaba la tinta azul de un escudo. Se me hizo leer: el cónsul español contestaba al moro notable excusándose de acudir al convite; le notificaba también que en el asalto y el incendio del barrio hebreo había perecido un compatriota suyo, y que ello era motivo sobrado para que se abstuviese de tal fiesta.

Entre los reunidos, á excepción de tres ó cuatro alemanes ricos, todos moros de influencia hubo su conciliábulo secreto. Yo pesqué al vuelo algunas palabras, por las que comprendí que les disgustaba profundamente la actitud del cónsul. Agarré de un brazo al hebreo y sin ser vistos salimos de la estancia.

Entonces me refirió cómo él y Berges lograron escapar de la matanza y del incendio. El caso es interesante y bien vale la copa de aguardiente que acaban de llenar. Y aun otra luego, si viene á mano. Escuchar lo que me dijo el hebreo:

A Berges lo despertaron el alboroto y los disparos, y lo primero que hizo fué llamar en la puerta del cuarto del hebreo á cuyo servicio

estaba para que se apercibiese á la defensa y salvara lo que pudiera salvar. Pronto los asaltantes llegaron hasta la puerta de la tienda que como las demás asaltaron é incendiaron. Raimundo Berges se hizo cargo de lo que sucedía y cogiendo la diestra del hebreo lo llevó consigo hasta el patio; una vez allí alzó una enorme losa que había en el centro, apalancando con todas sus fuerzas una barra de hierro, y apenas vió coronado por el éxito su esfuerzo zambullóse precipitadamente por el agujero, á ciegas, como el enfermo que desahuciado por los médicos toma tal ó cual cosa á vida ó muerte. Un momento después, ordenaba al hebreo que se dejase descolgar, sin temor ninguno.

Ya dentro del pozo los dos, Berges hizo al hebreo que lo sostuviera sobre los hombros, pues había una altura como de tres metros, y con maña más que con el esfuerzo de antes logró colocar en su sitio la losa, quedando encerrados, y sin luz, en el fondo; de vez en cuando, prestaban gran atención, y así llegaban hasta ellos vagos rumores, chocar de armas, gritos y voces confusas como de insultos é imprecaciones.

Ellos en su escondite permanecían silenciosos, sin moverse apenas, con los cuchillos desenvainados, en disposición de vender caras sus vidas si llegaba el caso. Y el temido trance llegó. Al rato de hallarse en el agujero, comenzaron los de arriba á hurgar en la losa. Algunas palabras les dieron á entender que los que les

seguían los pasos eran gente que también pretendían huir. Tratábase de los asaltantes al barrio hebreo, que habiendo derrotado á las fuerzas imperiales temían que llegasen en mayor número y los acuchillaran sin compasión, en justa represalia.

A Berges se le ocurrió tentar las paredes del escondite, extendiendo en la oscuridad los brazos. Su diestra halló pronto un hueco, á la altura del pecho; tenía como una vara de ancho por poco más de alto. Debería ser aquello alguna galería ó algún nicho. Berges ni lo pensó; encaramóse prestamente y sin miedo á lo desconocido se escabulló en la oscuridad del misterioso agujero. Comenzaba á ceder la losa y el hebreo siguió á su compañero, que ya iba avanzado no sabía adonde; marchaban cuasi arrastras, dobladas las rodillas é inclinada la cabeza por temor á saltarse los sesos. Era el suyo un viaje por las entrañas de la tierra, cuyo término ni se imaginaban siquiera. Al rato hicieron alto, rendidos y muertos de sed. Les corría el sudor por todo el cuerpo; copiosamente llegó á cubrirles el rostro, cegándoles. Temieron morir de asfixia en aquel agujero de atmósfera irrespirable; pero ya era tarde para retroceder; cerca los moros incendiarios, sus perseguidores siendo á la vez fugitivos, avanzaban también. Era preciso continuar. Berges estimuló al hebreo, con el ejemplo, reanimando su espíritu. Otra vez gatearon en la oscuridad, anhelantes...

Así hasta encontrarse en un lugar amplio, de tres metros en cuadro. Podían enderezarse sin tocar en lo alto. Tentando, siempre á tientas como ciegos sin lazarillo, sus manos tropezaron con varios esqueletos puestos de pie. Quizás de algunos desdichados como ellos, enterrados en vida. Los moros asesinos se oían cada vez más cerca. Quedaba atrás como medio kilómetro de galería. El hebreo desalentado ya, sin fuerzas, se negaba á continuar arrastrándose. Berges trató de llevarle á cuestas inútilmente, pues los dos juntos formaban una cuña en el agujero; tuvo que abandonar al hebreo para ponerse él en salvo.

Coincidió con esto que los gritos de los perseguidores habían cesado. Sospechó el hebreo que hubiese alguna otra salida, tal vez en el lugar mismo donde los esqueletos se hallaban y retrocedió como pudo. Los moros habían derribado unos cuantos de aquellos, dejando al descubierto una especie de tragaluz, capaz para que por él pasase el cuerpo de un hombre. Por él se aventuró el hebreo, y al poco hallábase en un amplio y rico patio árabe; el del palacio del personaje moro á quien serví de intérprete.

—¡Todo eso son invenciones tuyas!—exclamó indignado un sargento de Arapiles, amigo del nieto de Berges.

—Cuanto he dicho es verdad—protestó el moro charlatán—. Como también que el tal notable, y andando el tiempo ministro del sultán, se ha-

llaba en convivencia con los cabileños para el asalto y saqueo del barrio hebreo.

Unos instantes se comentaría entre los reunidos la infamia, rogando luego, al bebedor de aguardiente, que continuase.

El cual después de sorber un poco en su copa, para humedecerse los labios según dijo, otra vez continuó:

—Lo que acababa de decirme el hebreo tuvo ocasión de comprobarlo poco después. Sin ser visto descendí por el agujero hasta el cementerio subterráneo. Por si era poco, llevado de la curiosidad, que podía más en mí que el temor de ser descubierto, inquirí, husmeé, registrando lugares á los que nunca había llegado, encontrándome en unos sótanos tal número de objetos artísticos y de joyas preciosas que sin exageración, mal vendidas, valdrían quizás un millón de duros. Todo aquello era lo saqueado en las tiendas de los hebreos. Señal de ello ví en abundancia, propiedad del hebreo á quien sirvió Berges.

La felonía de mi amo y señor me indignó; tanto que no reparé en apoderarme de una regular cantidad de cosas que no eran suyas. Al hebreo también le hice entrega de muchos objetos y joyas de lo que le habían robado. Cargamos con cuanto nos fué posible y mientras en el salón el moro notable y sus amigos estaban entretenidos, con su misterioso conciliábulo, pusimos pies en polvorosa saliendo de la ladro-

nera y poco después de Tánger. No he vuelto por allí.

—¿Y qué fué de Raimundo Berges?—preguntaron al hablador.

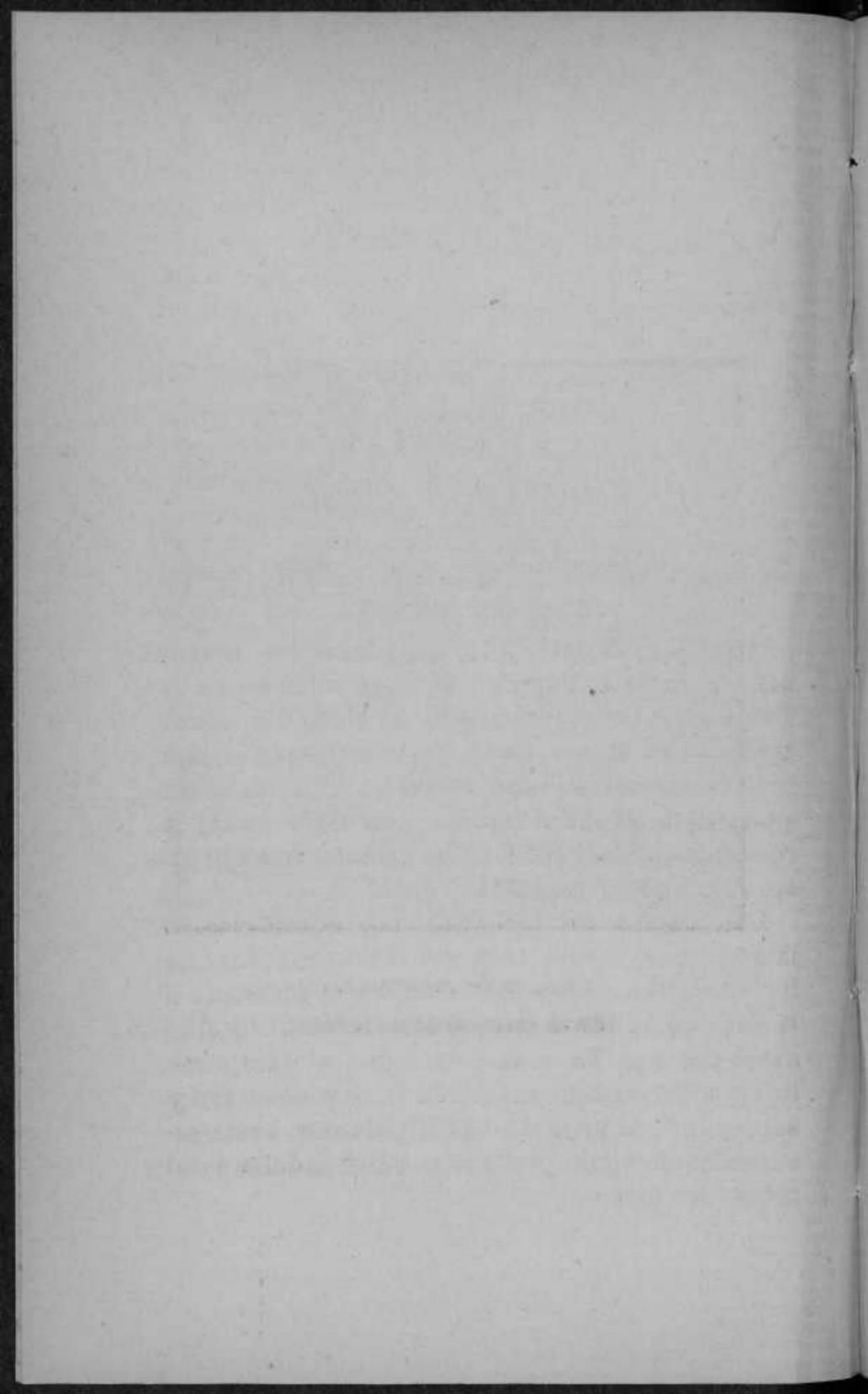
—Raimundo Berges salió por el agujero á orillas del mar, en el instante mismo de cruzar junto á él una barcaza de cabileños contrabandistas. Se conñó á ellos, no resignándose á perecer de hambre en el escondite ó pegado á una roca, y cuando logró disipar la sospecha que con su inesperada aparición les infundiera, rogó que se acercasen y que le dejaran ir á bordo. Accedieron los moros contrabandistas y Berges abandonó el agujero, dejándose caer desfallecido en el fondo de la barca.

---



CUADROS [MARROQUÍES

[En la estancia de un notable.]



## JORNADA DÉCIMA

*De cómo Raimundo Berges cayó en poder de unos moros montañeses.*

Siguiendo la costa con su barca, los moros contrabandistas llegaron á las proximidades de Tetuán. Un poco alborotado el mar, las aguas azotaban la embarcación, retrocediendo luego hechas espuma. Finaba la tarde. Las sombras galopaban en lucha con las olas, hasta ganar la roca que se adentraba en las aguas como á cuestras de un pez gigantesco.

Los moros esforzabanse por contrarrestar la acción del oleaje, cada vez más violento, que los empujaba contra los arrecifes, procurando á la vez que no fuese arrastrada la embarcación hacia alta mar. Se desató, al cabo, el temporal; llovía á torrentes, anegando la pequeña nave y empapando la ropa de sus tripulantes, hasta escurrirles el agua piel abajo cubriéndoles totalmente los pies.

Un momento creyéronse perdidos; cuando, en alto la barca, sobre una montaña de espumas, fué lanzada después hacia el vacío; cayeron de costado, á punto de volverse del revés la embarcación. Milagrosamente se salvaron. De tal modo llegó á unirles el peligro, en aquellos instantes, que ni repararon siquiera los moros en que su compañero, Raimundo Berges, imploraba la protección de Dios. No se dieron cuenta de que era cristiano y español, aunque en castellano suplicaba clemencia.

Ya las sombras habían ahuyentado la luz. Un rato más lucharon, hasta que un golpe de mar lanzó violentamente la barca de dentro á fuera, embarrancándola, casi rozando uno de sus costados con la roca.

Los moros contrabandistas abandonaron la barcaza, cargando antes sobre sus espaldas los fardos que desde Tánger llevaban á bordo. Trabajosamente, encaramándose por las peñas, ganaron la altura. Berges se dejó guiar, á la ventura no sospechando que después de lo ocurrido pudiera acecharle peligro mayor. Anduvieron como una legua escasa; él había oído á los moros el nombre de una cabila no muy lejana de Tetuán, y en tal dirección se imaginó que caminaban.

Al faldear un monte, de la altura bajaban resplandores de incendio; una hoguera, pensó el manchego. Los moros marchaban delante, encorvados por la carga del contrabando. Iban char-

lando, y al darse cuenta del resplandor, cada vez más luminoso, que parecía bajar de la montaña, callaron recomendando á Berges que procurara no fuesen oídos sus pasos. Entonces advirtió Berges que poco á poco ascendían, en derecha á la garganta de la sierra. Por allí habían de desfilarse sin duda. Cuando estuvieron próximos, los moros se agazaparon, pegándose uno de ellos al suelo, en actitud de escuchar. Berges adivinaba por los gestos el significado de sus palabras; no conocía el árabe ni siquiera para entenderse con los moros. Aún tardó algún tiempo en dominarle.

Todas las precauciones que habían adoptado resultaron inútiles. Apenas se hallaron en el desfiladero tan temido, de detrás de unas peñas hicieronles una tremenda descarga, tumbando á uno de los contrabandistas. Quedaban cuatro más, bien armados. Se entabló la lucha, arrasándose por entre la maleza, en acecho unos de otros. Un poco más lejos, una enorme hoguera, oculta antes por un peñón gigantesco, como cortado de un hachazo, iluminaba la escena. De vez en cuando de uno á otro bando salía un disparo, resto adonde debía hallarse un combatiente. Era el acecho tenaz, incansable; ya llevaban de buscarse más de una hora, sin vencerse; asomaban de vez en cuando, para disparar sobre el contrario, hurtando el cuerpo tan pronto como el fusil de alguno de los de enfrente enfilaba la puntería en su busca.

Alboreaba ya, y todavía dos de los contrabandistas conservaban la vida. Berges logró retirarse un buen trecho, al comienzo del tiroteo, y resguardado por unas peñas presenciaba la lucha. La luz del día hizo imposible aquel sistema de combatir, especie de caza de hombres, y al fin dieron los montañeses la cara, ofreciendo el pecho á los compañeros de Berges. Al mismo tiempo avanzaban resueltos, su número de ocho ó diez; bien pronto quedaron reducidos á la mitad. Los contrabandistas, procurando no ofrecer blanco, los quitaban de enmedio tiroteándoles con una certeza admirable.

Aumentó la saña de los asaltantes; murió un contrabandista y malamente fué herido el último que al poco agonizaba también. Berges salió al encuentro de los vencedores y fingiendo estar mudo, con señas les dió á entender que era mendigo y que padecía hambre.

Los moros montañeses le obligaron á que les ayudase á recoger los muertos, trasportándolos sobre unas rústicas angarillas formadas con dos palos, á un aduar cercano, en la estribación de la sierra, donde en un pequeño cementerio los enterraban.

La fúnebre operación los tuvo ocupados hasta después de medio día, cuando ya el sol había desgarrado las nubes, persiguiéndolas luego sus ardorosos rayos. Hasta entonces no probó alimento alguno Raimundo Berges. A duras penas pudo sostenerse en pie, haciéndose fuerte al

desmayó que sintiera su cuerpo, en ayuno forzoso cerca de dos días, desde el anterior al del incendio y saqueo del barrio hebreo en Tánger.

Le dieron de comer pan de maíz y carne salada, que devoró en un dos por tres. Mientras, los bravos montañeses volvieron al lugar de la lucha en busca de los fardos que contenían el contrabando; consistía éste en fusiles y proyectiles a'emanas. Un vapor alemán hizo el desembarco en las proximidades de Tánger, de acuerdo con los contrabandistas, que á su vez estaban al servicio de los notables de dos ó tres cabilas cuya actitud fué siempre hostil á España.

Logró Berges hacerse estimar de los montañeses, á fuerza de zalemas y de buenos servicios; en una ocasión salvó ó hizo creer que había salvado á uno de los más influyentes, recetándole cierta pócima que le alivió de su mal; repitióse el caso varias veces, siempre con resultado favorable, por tratarse de padecimientos vulgares y fáciles de combatir sin el auxilio de los médicos. La gratitud de los montañeses no tuvo límites; pronto cundieron la noticia de las habilidades que ellos atribuían á Berges, por los poblados más cercanos, no tardándose en hacerse extensiva á toda la región de Anghera. También se reveló como entendido en albañilería, y ya entonces la estimación se convirtió en cosa mayor; se lo disputaban unos á otros en los poblados angherinos, pagando á buen precio su servicio.

El disimulo y la acomodación hallaron en él

un maestro consumado; ver, oír y callar fué su lema, y por eso se fingió mudo. Hacía cuanto veía hacer, si ello era del agrado de los moros; se asimiló sus gestos, sus costumbres, hasta sus debilidades y sus vicios alguna que otra vez; y tan al natural sabía representarlo todo, que si alguien pudo sospechar de él en raras ocasiones, pronto la sospecha quedaba extinguida definitivamente por un nuevo rasgo de ingenio ó de acomodación.

Con señas les hizo entender que había llegado de lejos, huyendo de una larga serie de desgracias; también les dijo que no era mudo de nacimiento sino á consecuencia de una gran impresión, por lo que acariciaba la esperanza de recuperar la facultad perdida el día que sufriese una impresión mayor. De este modo cualquier día, con un pretexto cualquiera, tan pronto como él juzgase que dominaba el árabe rompería á hablar, en presencia de todos, como la cosa más natural del mundo.

---

Así lo pensó y así lo hizo. En una de las frecuentes, casi periódicas luchas internas, que las cabilas sostienen unas con otras por tales dominios, por cuales fueros, Ralmando Berges fingió recuperar el uso de la palabra, dando desaforados gritos y piruetas de exaltado, en medio del combate, cuando con más tesón y mayor ensañamiento se recrudecía la bárbara pelea. Los

moros de Beni-Sider entre los cuales se hallaba estimulados por sus desordenadas voces, enardecidos por su valor temerario que creyeron sobrenatural, como cosa de Alhí, se lanzaron furiosos sobre sus enemigos, destrozándoles con extraordinario denuedo sus nutridas filas, hasta obligarles á huir desordenados y cobardes, á campo traviesa, dejando el llano sembrado de cadáveres.

El viento hacía flamear el jaique blanco de Berges, en tanto que alzando él los brazos y dando frente á los vencedores, con palabras de apóstol habiábales en su lengua árabe del placer de la victoria no tan grande como el que se siente á raíz del perdón. Se había dejado crecer las barbas, y estas daban á su rostro curtido por el aire y el sol aspecto venerable. Los bravos montañeses se reportaron, deponiendo su fiera actitud, propicia á seguir en persecución sangrienta á los vencidos.

Cegaba el sol de tan intenso; sus rayos se quebraban en el acero de las armas, haciendo de sus hojas poderosos heliógrafos; lejos la gran cinta azulada del mar, como un enorme espejo de reflejos hielientes; al lado opuesto la agreste llanura, cortada por la montaña espléndida, para continuar luego ya traspuestos los barrancos hasta sepa Dica dónde...

De vez en cuando algún poblado de hogares misérrimos, tal cual aduar que recuerda las chozas primitivas de los hombres; chumberas por

todas partes; algún río que serpentea, se esconde y reaparece otra vez, como una vata de azogue que de un horno lejano se perdiese...

—Eres pródigo en detalles—exclamaría un cronista de la guerra, interrumpiendo al moro charlatán. El cual dijo:

—Si no se aderezan los guisos, la mejor tajada resulta desabrida y despreciable. Y aún á veces conviene rociarla también.

—¿Quieres decir que traigan otras copas?—Intervino el menes tacaño.

Afirmativamente respondió el moro y después siguió hablando de esta manera:

—El resultado de la pelea entre los cabileños fué el origen del estado actual de Rómulo Berges. Sin aquella lucha que él presenció, y cuya victoria tal vez decidieran sus gritos y su exaltada actitud frente á los enemigos de los Benisifer, hasta el punto de cruzarse entre los dos bandos sin darse cuenta, con la fortuna de que no hiciesen blanco en él las balas, andando el tiempo posible es que se hubiera cansado y aburrido y desesperado de aquella vida; y quizás hubiese abandonado su aduar y procurado su indulto para volver á España. ¡Tantos lo han hecho

Ello fué que los moros vencedores decidieron su suerte, poniéndolo en posesión de tierras fécondas que con poco cultivo dan abundante fruto. Consecuencia de esto fué que él se reparase en volver á su patria, maliciando olvidos y cas-

tigos imaginarios. Y andando los días y los meses se casó. Ya sabéis lo demás: tuvo con la mujer mora un hijo y éste vino á ser el eslabón que después había de unirlo definitivamente con los otros afectos: el de su mujer y sus tierras. Ante las gentes, aquí en Marruecos, Raimundo Berges se veía independiente y sin afrentas; allá en España, se imaginaba entre una sociedad cruel que cuando á ella vuelve quien en otros tiempos fué delincuente, no piensa en la corrección, sino en la indignidad del presidio. Es una triste verdad; en el individuo que ha extinguido condensa, por tierras de España sólo se ve al ex presidiario.

Abatió el moro su frente, como si reverdecieran en él tristes recuerdos de otros tiempos, tal vez de alguna ya extinguida culpa, quién sabe si bajo el peso de una dolorosa evagación, y no dijo más.

Comenzó el desfile; ya en el Café Español de Tetuán solo había quedado el grupo que estuvo escuchando el interesante relato.

Alguien antes de marcharse, al encarar con el moro exclamó:

—Bien te has hartado de contar mentiras.

Y algún otro poniéndose en pie, desperszando le dijo:

—Espabilate... ¡borracho!

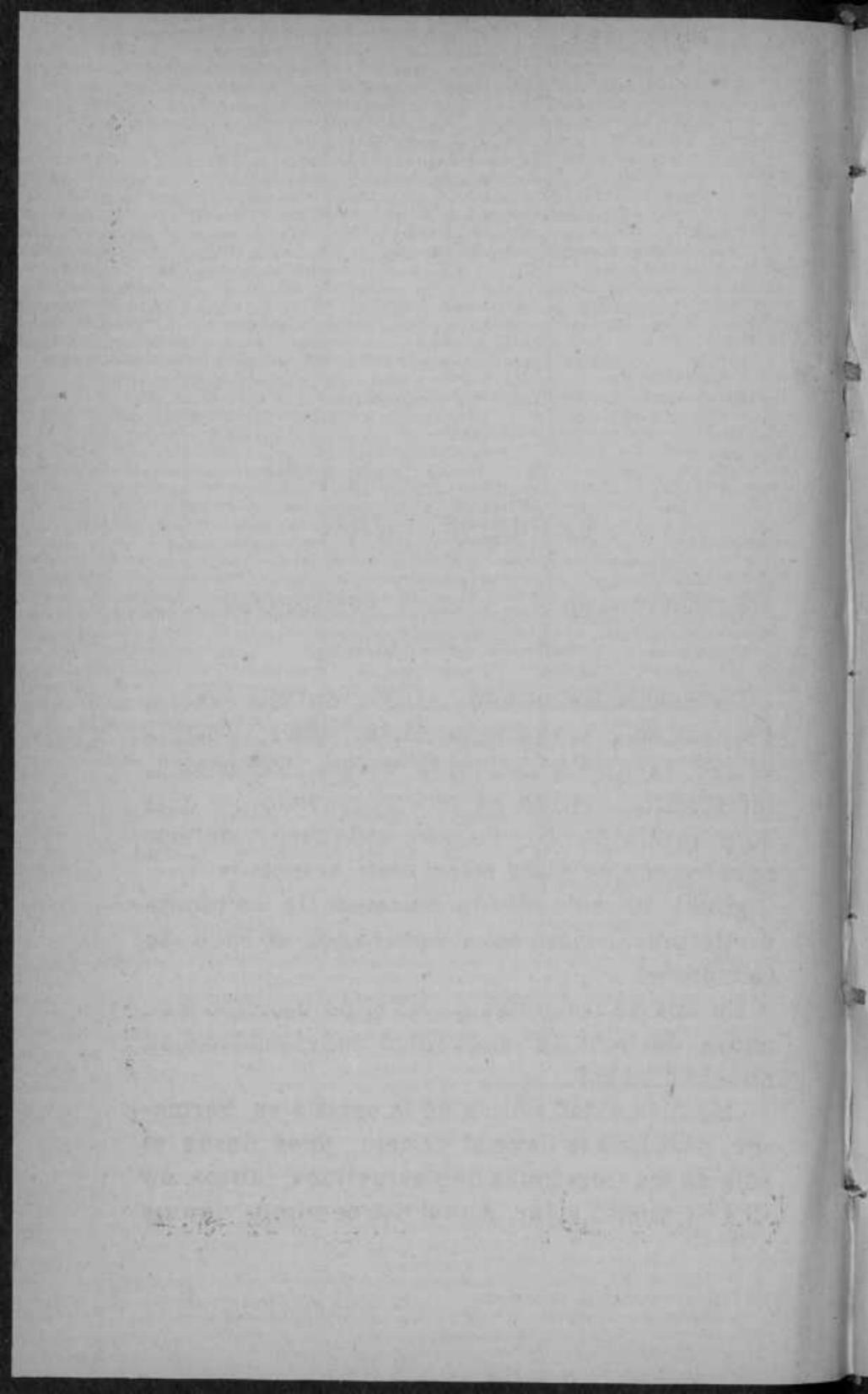
Nadie advertiría quizás la gran tristeza del charlatán, como Berges y como tantos otros fegado del penal de Ceuta.

Quizás estas últimas jornadas de la historia de Raimundo Berges sean las más novelescas, ó puro enredo de novela desde el comienzo hasta la cruz. Nosotros no respondemos de ello. Un moro borracho y charlatán contó en un café te-tuaní cuanto en esas jornadas hemos contado. Allá él si solo fué cuento.

---



CUADROS MARROQUÍES  
Un jardín tetuaní



## JORNADA ONCE

*De cómo se comportó Berges con su nieto después del encuentro*

La vida de Raimundo Berges en Marruecos, después de casado con la mujer mora, posible es que haya sido una vida vulgar. Termina lo interesante cuando el moro borracho lo deja en posesión de unas tierras; en la fecha del encuentro con su nieto se reanuda el interés.

¿Cuál ha sido desde entonces la conducta de Berges? ¿Cómo se comportó con el cabo de Cazadore?

En una de las cartas que Felipe escribió á su padre después del encuentro, refiriéndose á su abuelo dice así:

«Me dice usted que le dé la carta á su hermano, para que la lleve al abuelo; pues desde el día de los Corszones que estuvimos juntos no les he vuelto á ver. Aquel día comimos juntos

»y nos retratamos también por invitación de un  
»redactor de un periódico, lo cual que todavía  
»no me ha podido hacer con fotografías.

»No sabe usted lo que he perado hasta en-  
»contrar al abuelo y cuantos pases en valde he  
»dado. Y también le digo que no es muy des-  
»prendido; ó por lo menos para mí no lo ha  
»sido.

»Me dice usted que le diga en qué se invierte  
»el abuelo; pues está haciendo una casa en la  
»cabilla de Anghera y su hijo al cuidado de unas  
»vacas y algunas cabras que ellos tienen.

»En la osbilla donde él viva no se puede pasar  
»porque son unos salvajes. Usted no sabe cómo  
»está esto. El otro día salieron de aguada vein-  
»te números, un sargento, dos cabos y un ofi-  
»cial, quedando en un alto todos menos cuatro  
»acemileros y un cabo que bajaron á la fuente.  
»Cuando estaban allí, los moros de Anghera les  
»hicieron unas descargas á quemarropa, pues  
»estaban en una emboscada, y de cuatro mata-  
»ron tres de mi compañía y el cabo. El día an-  
»tes fui yo porque estaba enfermo el que hen  
»matado; si no se cambian los turnos por esa  
»casualidad me toca á mí la china.

»Y lo peor es que no se pueden ver, por la  
»niebla que hay siempre; además es terreno  
»muy malo y muchas montañas.

»No se vaya usted á alborotar y querer venir  
»á ver á su padre, porque él tampoco se presta  
»mucho según yo he visto».

No se puede hablar con mayor claridad ni en menos palabras. Después de esa carta, el silencio por parte nuestra es más piadoso que el comentario.

Quede en paz Raimundo Berges, el moro manchego, en la cabila con la cual luchan bravamente los soldados de España, si es que la sangre no le quema en las venas y puede permanecer neutral. No lejos de su aduar está su nieto; en sus manos ha puesto un fusil la patria...

El hijo moro de Raimundo Berges, ha tenido tentaciones de defender la causa que su sobrino el cabo de cazadores defiende. Un fraile misionero de Tetuán lo ha dicho:

Leed su carta:

«Ultimamente se presentó aquí con otro moro, pidiéndome una tarjeta para el comandante general de Ceuta, adonde quería sentar plaza en la compañía de moros que sirven á España. No sé quien le aconsejó mal una vez allí ó si le entró miedo que se volvió sin entregar la tarjeta.»

«Por vergüenza no se ha presentado por aquí; le ví en la plaza.»

La carta que antecede tiene fecha anterior á la ocupación de Tetuán.

En la misma hay un párrafo refiriéndose al mismo hijo moro, hermano de Angel Berges, el vecino de Malsgón, á quien debemos todos estos datos, en el cual dice:

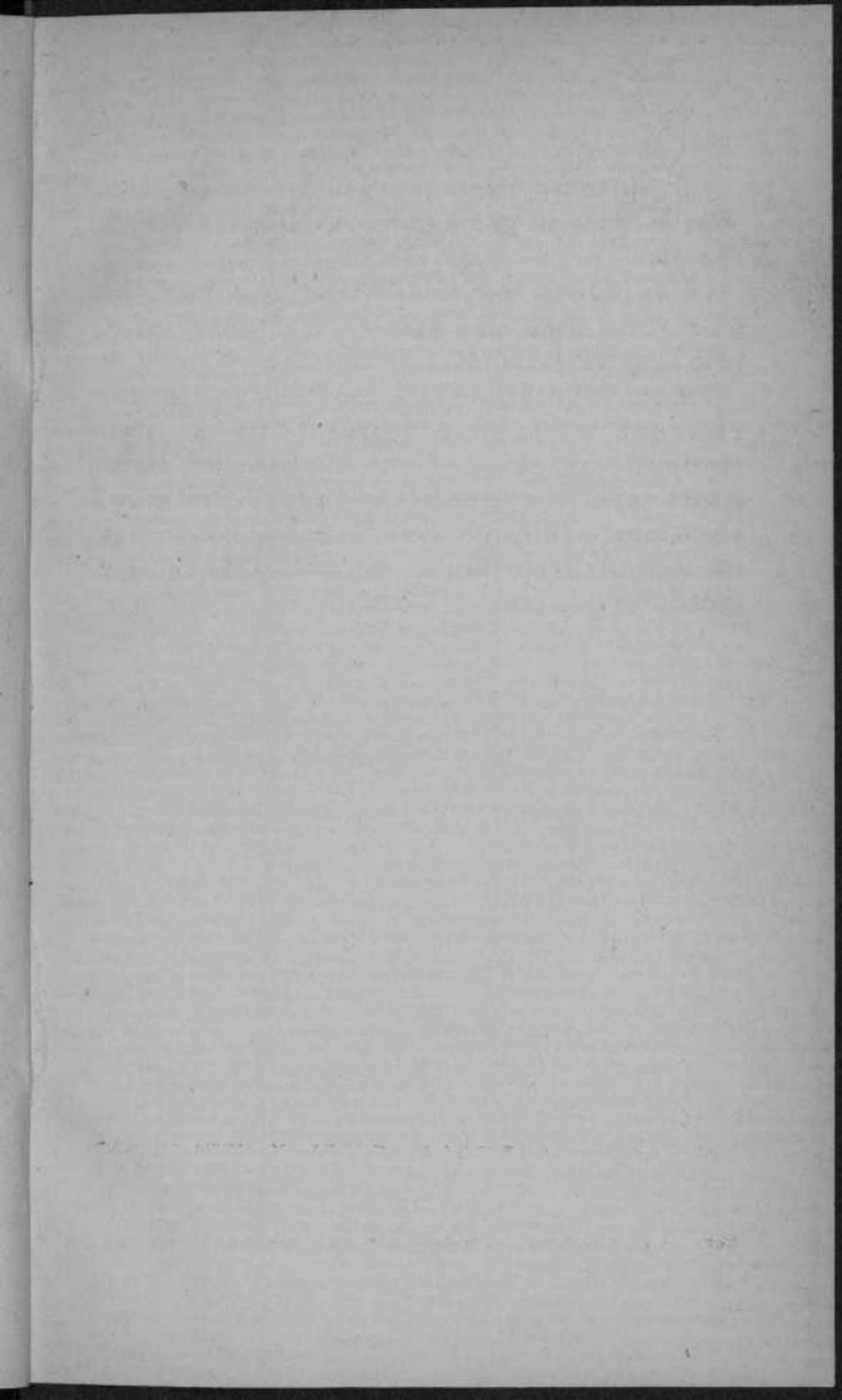
«El hijo moro tiene grandes deseos de ir á verles, pero su padre se lo ha impedido varias veces.»

Lo ha impedido varias veces. ¿No sería él, quien impidiese que sentara plaza en Ceuta, bajo la gloriosa bandera de España?

Tal vez fué él también; acaso lo hizo para impedir que su hijo moro luchase contra las gentes de su raza, ya que él siendo español no se siente capaz de correr hacia el campo de los suyos como el hidalgo castellano,—el personaje de Marquina—, bravo ex capitán de los Tercios españoles que cayó en Flandes...

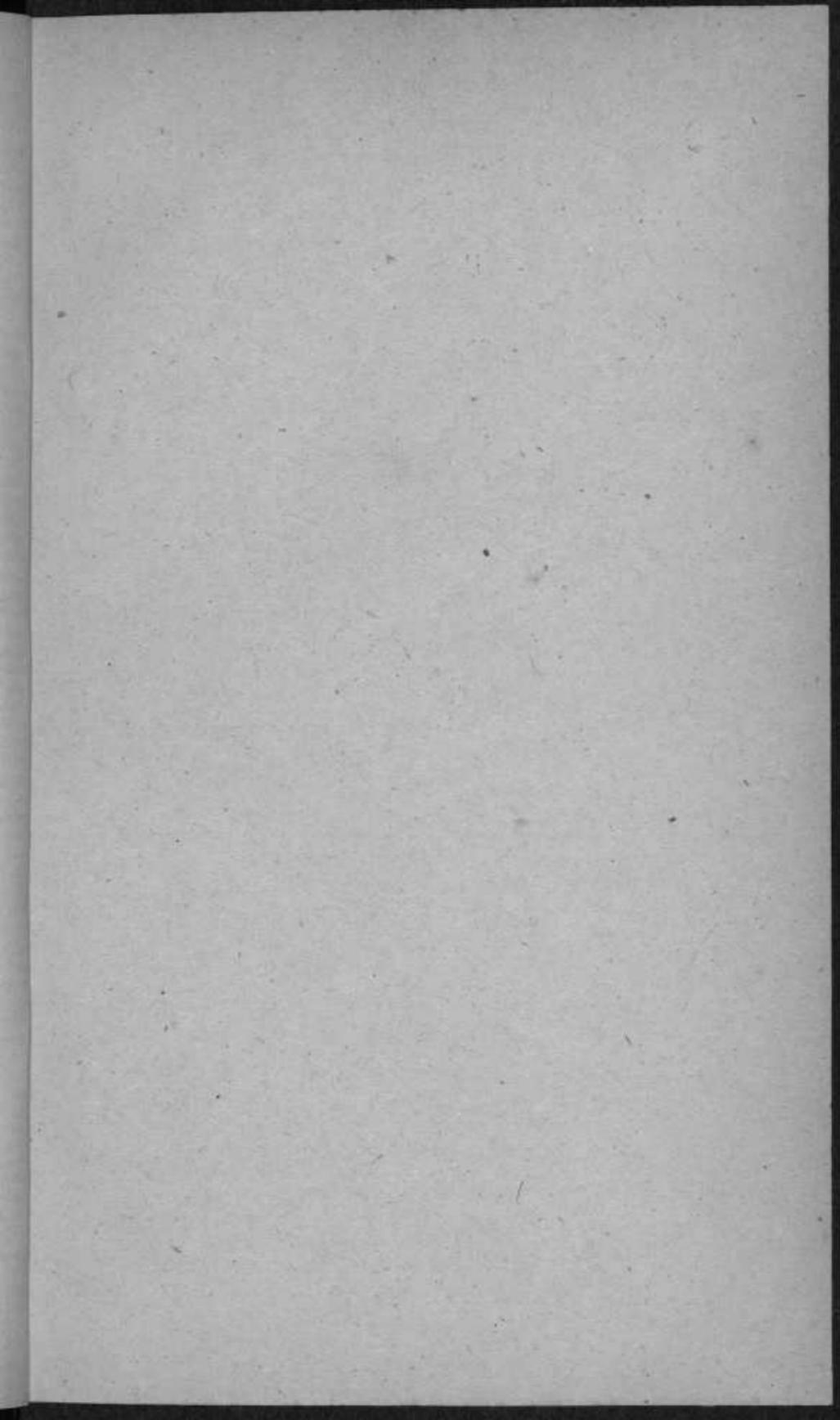
F I N

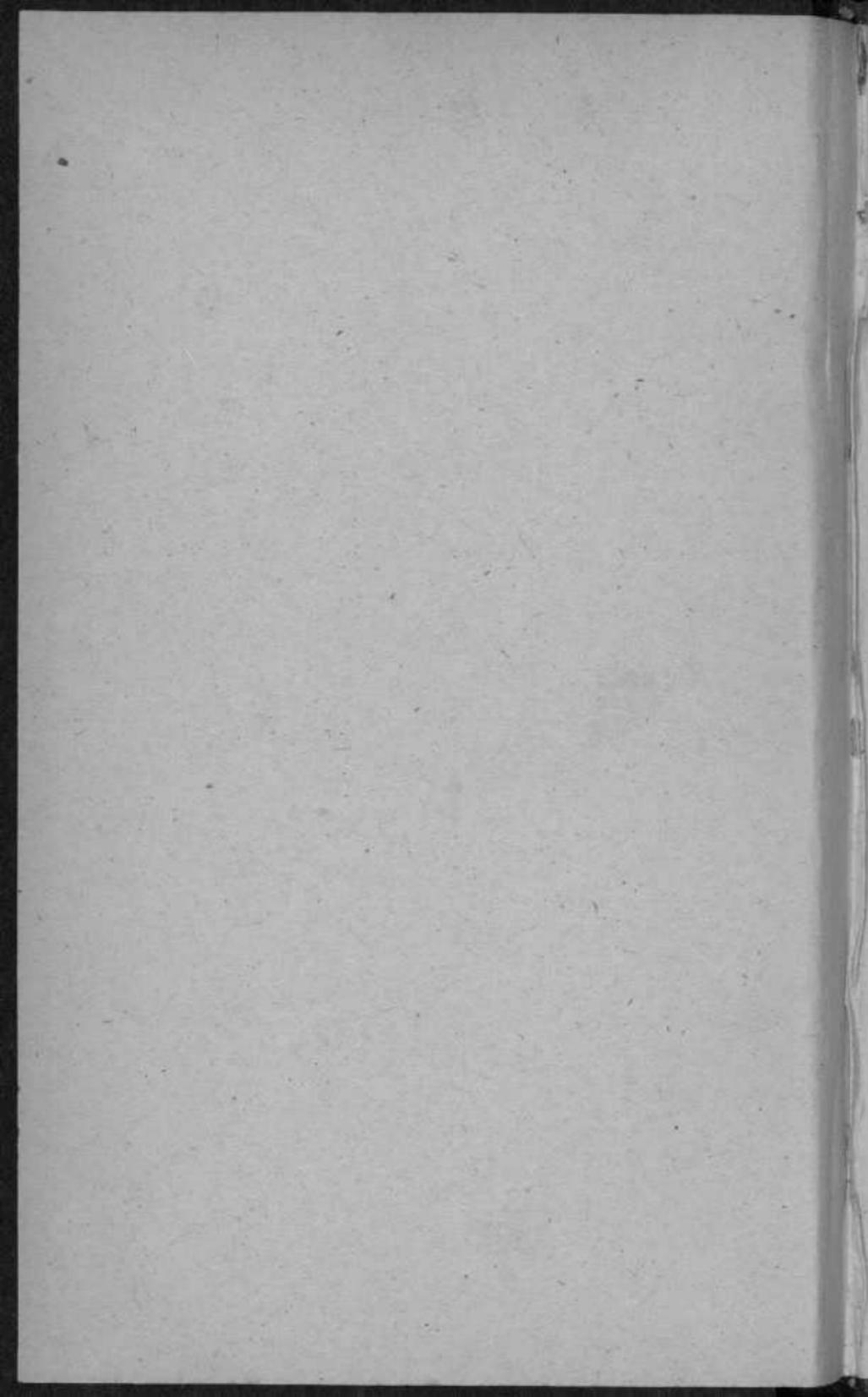


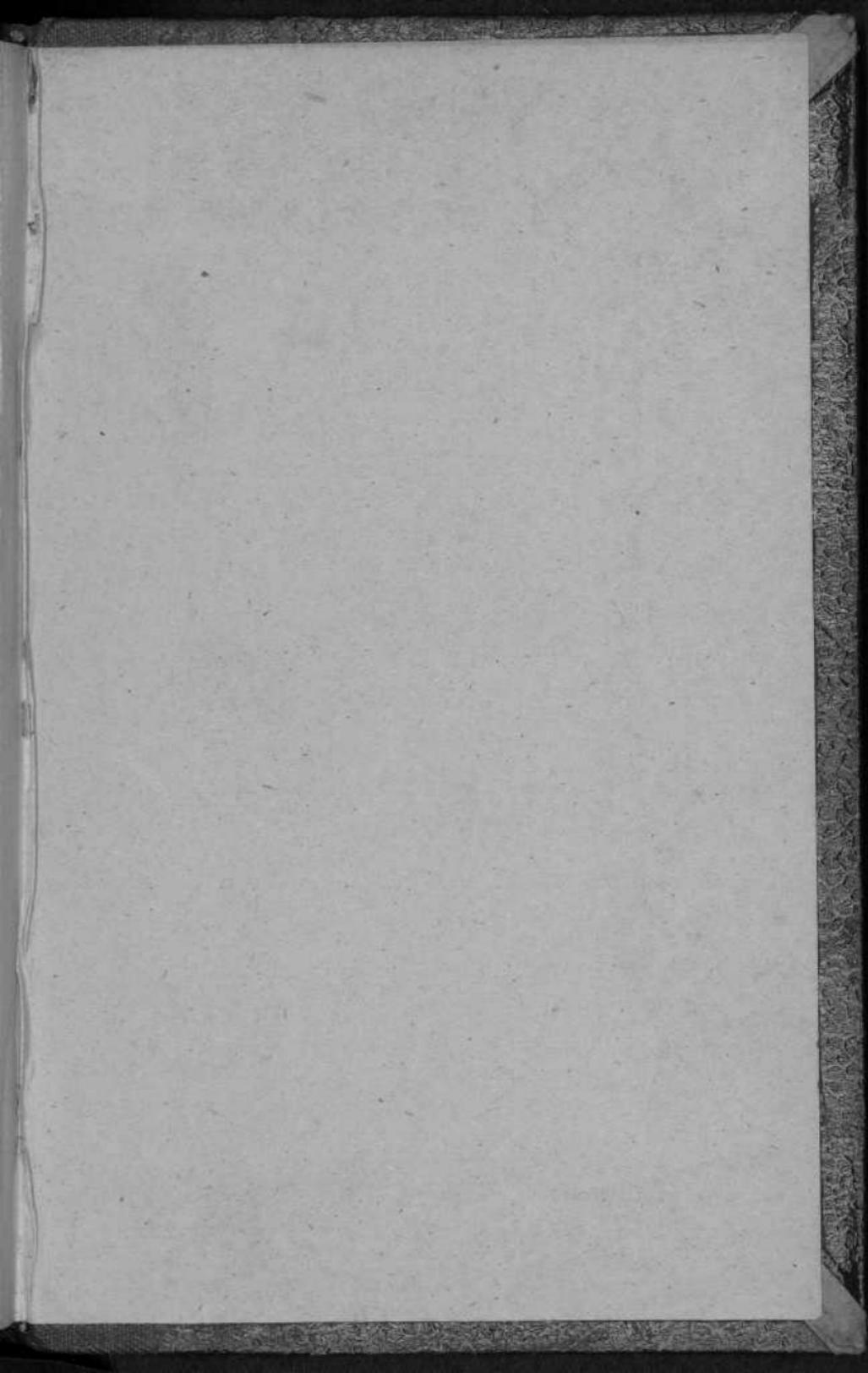


1770

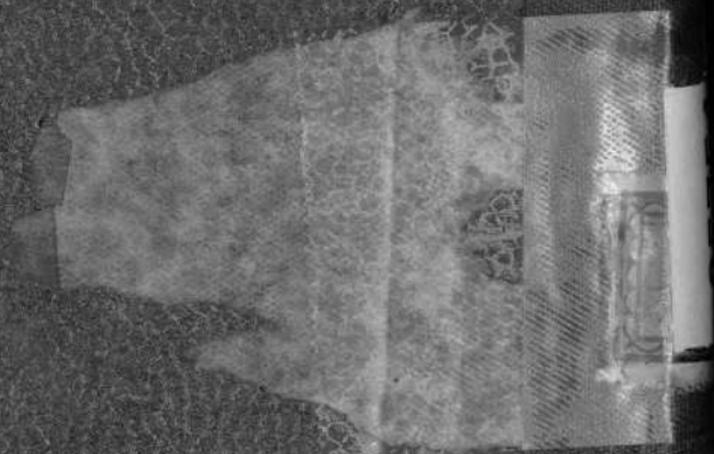
1770







1840



57

1040

ANCHOR

25754